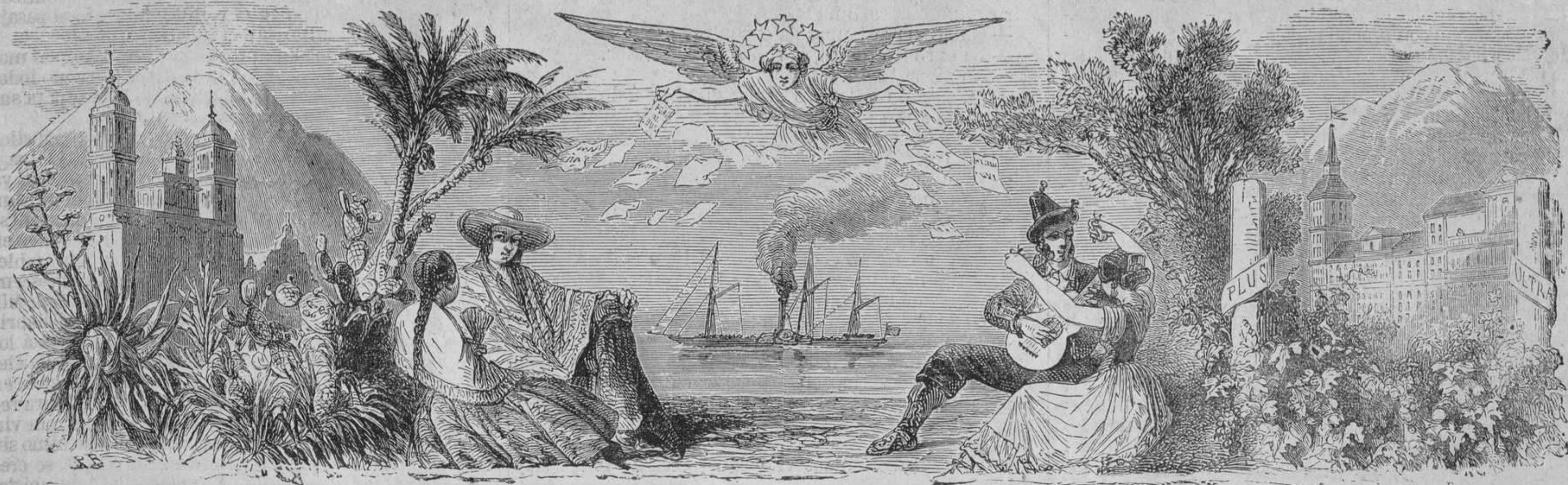


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 268.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

Inauguración del puente de Pont-de-l'Arche; grabado. — La ambición por amor. — A S A. R. la señora duquesa de Montpensier. — Desastres causados por los terremotos en Nápoles; grabados. — Revista de Paris. — El ciego de Mataró. — Tunez; grabados. — Las bodas de la princesa real de Inglaterra; grabado. — Redención. — La ciudad de Tien-sing en el río de Pe-king; grabado. — Cercanías de San Pedro de la Martinica; grabado. — Revista de la moda. — El proceso de Jesucristo. — Los últimos exploradores del Africa central; grabados.

## Inauguración del nuevo puente de Pont-de-l'Arche. (Francia.)

La buena ciudad del Pont-de-l'Arche, como la llamaba Enrique IV, es una de aquellas poblaciones que en la época de las guerras civiles y de las luchas de los franceses en la edad media tuvieron una existencia brillante y agitada. Orgullosa en medio de sus murallas tenía la misión de defender el Sena, una de las mas importantes vias estratégicas. Un puente de piedra sobre el río servía de llave a la navegación. Su fundador Carlos el Calvo

tuvo la satisfacción de ver que llenaba perfectamente el objeto que se había propuesto, destinándole á servir de barrera á las agresiones reiteradas de los normandos. La antigua ciudad ha visto desaparecer poco á poco bajo el martillo de la civilización esas murallas gloriosas cuya solidez unida al valor de los sitiados, rechazó tantas veces los asaltos mas enérgicos. El viejo puente quedaba todavía, y podía esperarse que sus servicios, pacíficos ya, le permitirían repetir al porvenir las pasadas historias; pero estaba escrito que sus arcos numerosos perecerían condenados fatalmente por el progreso moderno.



Inauguración del nuevo puente de la ciudad de Pont-de-l'Arche, el 17 de enero de 1858.



Dentro de algunos años en vano se buscará en otra parte que en las páginas de la historia la señal de aquellos hechos gloriosos que harán eterno el nombre de Pont-de-l'Arche. Hoy esta ciudad descansa envuelta en los recuerdos de su vida guerrera.

Por eso el 17 del mes último causó gran extrañeza el verla salir de repente de su estado ordinario para tomar una fisonomía risueña y animada. Las casas estaban todas con colgaduras, y los habitantes de los pueblos próximos circulaban con mucho trabajo por sus tortuosas callejuelas. Se inauguraba solemnemente un nuevo puente de piedra, y se quería festejar al sucesor del veterano que había desaparecido.

A las dos de la tarde el cortejo oficial, compuesto de los alcaldes de la ciudad y del cantón, los ingenieros de puentes y calzadas, los miembros del consejo general del Eure, y el foro de Louviers, acompañados de los zapadores bomberos, y de un destacamento del 81º de línea, salió á recibir en la entrada de la ciudad á monseñor de Bonnechese, obispo de Evreux, M. Janvier, prefecto del Eure, y al subprefecto de Louviers.

La llegada de estos funcionarios tuvo lugar al ruido de las salvas de artillería, á las que se mezclaban los gritos de ¡viva el emperador! M. Thorel, alcalde de la ciudad, en su discurso al prefecto, pagó un justo tributo al monumento derruido «cuya pérdida, dijo, deploran los amigos de las artes.»

Después se dirigieron á la iglesia donde se entonó un *Te Deum* para dar gracias á Dios por haber preservado los días de Napoleón III. Concluida la ceremonia religiosa el cortejo se puso en marcha otra vez hácia el nuevo puente, adornado con estandartes y banderas. Los ingenieros hacían los honores. El ingeniero en jefe M. Saint-Yves, dirigiéndose á M. Bonnechese, pronunció un discurso en que habló de los inconvenientes del puente viejo y de las mejoras introducidas en la construcción del nuevo.

El señor obispo entró en el puente abriendo la barrera que le cerraba con una llave encontrada bajo uno de los estribos del otro puente, y procedió en seguida á la bendición del nuevo. Un magnífico banquete ofrecido á los convidados por M. Hochon, miembro del consejo general del Eure y organizador de la fiesta, terminó dignamente los regocijos. Se echaron muchos brindis por los primeros magistrados del departamento, y el prefecto, al salir de la ciudad, dejó 500 francos para los pobres.

E. B.

## LA AMBICION POR AMOR

NOVELA

POR D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

(Conclusion).

Nuestro joven Lorenzo había oído hablar aunque vagamente de esta región maravillosa, y con la fe en el corazón, con esa fe que nace del noble orgullo ofendido en las personas de una madre y de una mujer adorada, exponía con gusto su existencia á toda suerte de adversidades, privaciones y peligros, con tal de hallar al fin de su penosa peregrinación algunos puñados de ese metal, cuya falta había hecho asomar el llanto á los ojos de Angela y de su madre, y había enrojado de vergüenza y de dolor su propia frente.

Cuando más embebido se hallaba en sus profundas meditaciones, con la vista fija en el mar y el pensamiento en las lejanas tierras á donde le llamaba su naciente avaricia, sintió que una mano le tocaba en el hombro; volvióse y se encontró frente á frente con un anciano de venerable rostro y lengua barba blanca, cuyo traje berberisco dejaba conocer su procedencia.

— ¡Alá te guarde, joven, le dijo el africano. ¿Qué haces aquí tan solo y tan pensativo?

— Lo que á nadie le importa, contestó con acento de mal humor el interpelado.

El berberisco se sonrió tristemente, y sin dar importancia á la descortés contestación del joven, volvió á decirle:

— Tu religión y la mía imponen un mismo deber á la juventud, y ese deber es el respeto á la ancianidad.

Lorenzo se inclinó reconociendo su falta, y el árabe volvió á preguntarle con la misma insistencia y con un acento de bondad que el joven no pudo desconocer:

— ¿Qué haces aquí?

— Espero la hora de la salida de un buque, en el cual voy á embarcarme para América.

— ¿E. es pobre?

— Por mi desgracia.

— ¿Y vas á buscar allí la fortuna?

— Sí.

— La fortuna se busca casi siempre muy lejos de donde se encuentra.

— Yo la buscaré por todas partes.

— Eres muy joven.

— Tengo veinte años.

— Temprano la buscas.

— Nec. sito encontrarla, ó morir.

— ¿Tienes madre?

— Para ella la quiero.

El berberisco guardó silencio por espacio de algunos minutos, y luego volvió á decirle:

— ¿Tienes tú fe en los decretos de la Providencia?

— Mucha.

— ¿Y si yo te ofreciera la fortuna mas pronto y mas cerca de aquí, la aceptarías?

— Según las condiciones.

— ¡Alá quiere que los hombres honrados se encuentren con los hombres honrados. Yo te impondré mis condiciones; pero todavía no es tiempo. ¿Quieres buscar conmigo la fortuna?

— Quiero, si la hemos de encontrar pronto.

— La encontraremos, si tú tienes fe y valor.

— No me faltarán.

— ¿Conoces un castillo árabe que hay á dos leguas de Sevilla, hácia el Oriente, en la orilla de un río, sobre un monte escarpado?

— El castillo de Alcalá de Guadaíra?

— El mismo.

— Lo conozco mucho, porque he nacido muy cerca.

— ¡Alá sea loado!

— ¿Y qué hay en ese castillo?

— Un gran tesoro oculto desde el tiempo de Ajataf, último rey de mi noble y desgraciada estirpe.

— ¿Con qué tú descendes?...

— De Ajataf, último rey de Sevilla.

— ¿Y quién te ha dicho que existe allí ese tesoro?

— Los pergaminos que ha conservado mi raza, y que nadie mas que yo ha sabido descifrar después de cuarenta años de continuos estudios. Dime, joven: ¿ese castillo no tiene tres torres que miran al río?

— En efecto.

— ¿Y están destruidas esas tres torres hasta los cimientos?

— No.

— ¿Cómo se conserva la mayor, que está en el ángulo de Occidente?

— Mejor que las otras.

— ¿Han levantado su pavimento?

— No; está cubierto por los escombros desprendidos de la bóveda.

— ¿Se conserva junto á esa torre el soberbio Alcázar de los antiguos reyes?

— No.

— ¡Estaba escrito!

Y el hijo del profeta sacó un pergamino enrollado de su pecho; lo estuvo contemplando algunos instantes, y luego volvió á preguntar:

— ¿Al pié de esa gran torre hay una puerta que comunica con la fortaleza exterior?

— Sí.

— Es la misma, dijo para sí el árabe, guardando el pergamino.

En seguida se dirigió á Lorenzo diciéndole:

— Si quieres acompañarme á sacar el tesoro, lo partiremos, con tal de que cumplas la condicion que yo te imponga. Si no la quieres cumplir, te pagaré tu trabajo.

— ¿Tendré con él para hacer mi viaje á las Californias, en el caso de que tu condicion no me convenga?

— Sí.

— ¿Cuántos días se necesitarán?

— A lo mas... ocho.

— Estoy conforme. Hasta dentro de diez días no sale el buque.

— Me falta ahora exigirte un juramento.

— Exige.

— ¿Me juras por la felicidad de tu madre que no descubrirás mi secreto á persona alguna, ni hablarás con nadie en los ocho días, mientras yo no te dé licencia?

— Te lo juro.

— ¡Alá te oiga; dame la mano y seamos amigos.

— ¿Cuándo partiremos?

— Esta misma noche en que sale el vapor para Sevilla.

## XI.

### EL TESORO DEL REY AJATAF.

A las doce de una oscura noche del mes de marzo de 1840 dos hombres embozados en largas capas subían trabajosamente por la empinada ladera occidental, que desde la orilla del Guadaíra conduce á las derruidas murallas del antiguo castillo árabe que lleva su nombre.

La lluvia caía á torrentes; los relámpagos se sucedían sin intermisión, y el trueno, repetido en el espacio por los ecos de las colinas, formaba ese ruido sordo por intervalos creciente, y que nunca llega á extinguirse mientras dura una tempestad.

El que marchaba delante era Lorenzo, que como práctico en el terreno servía de guía; detrás caminaba lentamente y agarrándose á las rocas, para no caer, el viejo africano á quien ya conocen nuestros lectores.

Lorenzo llevaba debajo de su capa un rico para remover el terreno; el moro iba provisto de una linterna sorda y del pergamino que indicaba el lugar donde el tesoro estaba enterrado.

Cuando llegaron á la primera línea de fortificación, el joven dió la mano á su compañero para que pasase con mas seguridad por encima de los escombros. Después se dirigió á un agujero practicado en la segunda muralla, por el cual penetraron casi arrastrándose en el recinto de la fortaleza interior, cercada de carcomidas torres, y oradado su pavimento por silos ó pozos profundos, destinados un tiempo á servir de almacenes de víveres para la guarnición, y convertidos hoy en guaridas de reptiles y nidos de murciélagos.

El joven caminaba con seguro paso en medio de la oscuridad, evitando los peligros; y el anciano se dejaba

conducir confiado en los conocimientos topográficos de su guía.

Después de algunas vueltas y revueltas entre aquel laberinto de sillares y montones de argamasa, llegaron por fin al pié de la suspirada torre, á la cual subió el descendiente del rey moro, casi suspendido por su compañero, por falta de escalera cómodamente practicable.

Al llegar allí, el viejo descubrió su linterna y desenrolló su pergamino entre el confuso aleteo de las nocturnas aves que allí se albergaban, y que procuraban huir despavoridas por la presencia de sus importunos huéspedes.

El africano midió con la vista la distancia que podria haber desde la bóveda al pavimento; examinó después cuidadosamente una especie de geroglíficos que llevaba trazados, y en seguida, moviendo á un lado y otro la cabeza con desconfianza, dijo al joven:

— Por aquí tendríamos que trabajar mucho. Los escombros han cubierto mas de tres varas. Vamos al pié de la torre.

— Vamos, dijo Lorenzo.

Y ayudando á bajar al berberisco como le había ayudado á subir, pronto se encontraron al pié de aquella inmensa mole que parece aun desafiar á los siglos.

— ¿Cuál es el frente del norte? preguntó el anciano.

— Este en que nos encontramos ahora, respondió el mancebo.

— Muy bien. El suelo por aquí se ha levantado por lo menos una vara. Mira si á la altura de un pié, hácia el ángulo que mira al río, hay un sillar con la superficie mas pulimentada que los restantes.

— Me parece que es este, dijo el joven, tocando uno hácia donde el moro le indicaba.

— Cuenta á ver si hay cinco desde él hasta el que forma el ángulo.

— En efecto, cinco hay, dijo Lorenzo después de haberlos contado.

— ¡Somos felices! exclamó el árabe con la mayor alegría.

— ¿Está aquí el tesoro?

— Sí.

— ¿Dónde?

— Muy cerca. Desbaratemos ese sillar.

— Eso es imposible en una sola noche; la piedra es muy dura.

— En apariencia, dijo el moro. Ese canto apenas tendrá seis dedos de espesor.

— Probemos.

Y Lorenzo dió con el pico un fuerte golpe sobre el sillar, que inmediatamente se hizo pedazos, dejando ver una cavidad oscura y profunda.

El africano acercó entonces su linterna, y el joven se asomó con una avidez mezclada de curiosidad, de esperanza y de duda.

— No hay nada, dijo á su compañero con el desaliento del que acaba de perder una ilusión querida.

El viejo se sonrió con lástima.

— ¿Qué ves? le dijo luego.

— El hueco de haber sacado uno ó dos sillares.

— Mete el brazo á toda su extension.

— Ya está.

— ¿Hay arena en el fondo?

— Sí.

— Remuévela con la mano.

— ¡Ah! exclamó Lorenzo dejando escapar un grito de júbilo, y atrayendo hácia la boca del agujero una cajita de plomo cuadrada, como de un palmo de extension en longitud y latitud, y casi de la misma altura.

El viejo africano estrechó al joven contra su corazón en el entusiasmo de su alegría; después tocó á un resorte de la caja, y apareció dentro de ella otra de oro con los mas preciosos esmaltes y tan reluciente como si se hubiera enterrado allí el día anterior. Abierta la segunda caja por medio de otro resorte, los ojos atónitos del mancebo contemplaron á la luz de la linterna una multitud de piedras preciosas de maravilloso tamaño.

— ¡Hé aquí el tesoro de mi familia! exclamó el árabe asiendo la caja; y guardándola debajo de su albornoz, lanzó al joven una mirada de desconfianza.

En efecto, la oscuridad de la noche, el sitio en que tenia lugar la escena, el conocimiento que el joven tenia de todos aquellos parajes, tan propios para ocultar un crimen, parecia que habian hecho nacer en la imaginación del descendiente de Ajataf los temores que no habia podido menos de manifestar en aquella mirada. Sin embargo, la expresion franca y leal de Lorenzo en medio de su asombro le tranquilizó completamente.

— ¿Hay por aquí peligro de ser robados? dijo el árabe.

— Ninguno, respondió el mancebo.

— Ahora ¿me acompañarás hasta que deje esto en paraje seguro?

— Hasta donde sea necesario.

— ¿Conoces la hacienda de Buena Vista?

— Sí.

— ¿Cuánto tiempo necesitaremos para llegar á ella?

— Dos horas á buen paso.

— Guía pues, y no perdamos tiempo. La noche sigue fría y lluviosa, y nosotros estamos calados hasta los huesos.

— ¡Qué! ¿vamos á Buena Vista? exclamó el joven con asombro.

— Sí, contestó el africano seca y lacónicamente.

— Allí no reciben á nadie.

— A mí me recibirán, porque el dueño me debe algunos favores.

— Si á lo menos acertara á estar allí el tío Miguel... añadió Lorenzo.



— ¿Quién es el tío Miguel?  
 — Un pobre emigrado que tiene grande amistad con ese gran señor.  
 — Yo también la tengo; y tan luego como le descubra mi nombre...  
 El asombro del mancebo subía de punto á cada palabra del árabe; su cabeza se perdía en un dédalo de confusiones; y así, para no volverse loco, tomó á buen partido dejarse de cavilar, y emprendió desde luego el camino de Buena Vista, seguido muy de cerca por su anciano compañero.

Media legua habrían andado, sin desplegar los labios el uno ni el otro, cuando el moro dijo á Lorenzo:  
 — Espera, que he perdido mi pergamino.  
 — Yo volveré á buscarlo, dijo el joven.  
 — No; es un encargo que no quiero confiar á nadie. Yo mismo volveré.

— ¿Sin conocer el terreno?  
 — El terreno que yo piso una vez, no se me olvida nunca. Pero la caja pesa demasiado; tú eres hombre de bien, y puedo confiártela. Tómala y espérame.  
 Y esto diciendo, entregó al joven el tesoro, y volvió atrás sin aguardar respuesta.

Mas de dos horas se habían pasado ya, y el árabe no parecía; Lorenzo se encontraba verdaderamente embarrado con aquel depósito, y mas de una vez estuvo tentado por volver también hacia el mismo sitio, á ver si lo encontraba; pero temiendo que el apartarse de allí pudiese inspirar algunas sospechas sobre su honradez, determinó aguardar, aunque fuese hasta el día.

Al fin, el moro pareció despues de encontrar lo que buscaba, y estrechando la mano al joven en señal de gratitud, ambos continuaron su camino.

Cuando llegaron á la puerta de la hacienda, el anciano encargó á Lorenzo que se cubriese bien el rostro con el embozo de su capa para que nadie le conociese, pues ya el alba dejaba vislumbrar sus primeros albores por entre las nubes que se iban poco á poco disipando.

El joven obedeció, y el árabe hizo resonar la puerta con tres golpes de aldabon repetidos.

El negro acudió todavía soñoliento, y preguntó con voz destemplada: ¿quién se atrevía á llamar á tales horas?

El árabe le contestó con algunas palabras en su lengua, ininteligibles para su acompañante, y Francisco abrió al punto la puerta sin vacilar, hizo una reverencia á los recién llegados, y se apartó con respeto para dejarles libre la entrada.

— ¿Y tu amo? le preguntó el berberisco.  
 — Dentro de casa está, señor, le contestó el negro.  
 — Adelante, dijo el mahometano; y seguido de Lorenzo, penetró en uno de los salones de la quinta.

## XII.

## LA ÚLTIMA PRUEBA.

A poco de entrar en el salon, presentóse Francisco de orden de su amo, ofreciendo á los que acababan de llegar trajes enjutos para que se quitasen aquellos empapados por la lluvia.

El moro y Lorenzo entraron en dos gabinetes contiguos, donde lo hallaron todo preparado. El joven notó con asombro que el traje que le habían dispuesto era en un todo semejante al de Luis, pero mucho mas rico que el que este había estrenado el inolvidable día de la fiesta. El árabe se volvió á presentar envuelto en un alboroz que le cubría hasta los pies.

Cuando los dos se hallaron de nuevo frente á frente, Lorenzo observó en la fisonomía del moro algo de turbación y de zozobra. Ambos guardaron silencio por algunos instantes, y al fin el descendiente de Ajataf dijo al mancebo con voz entrecortada y mal segura:

— ¿Cómo te llamas?  
 — Lorenzo Leal, dijo el joven.  
 — Hasta ahora mereces llamarte así.  
 — Si Dios quiere, lo mereceré siempre.  
 — El tesoro que me has ayudado á recobrar esta noche asciende á la suma de diez millones de reales.

Lorenzo se estremeció involuntariamente al escuchar aquellas palabras, y dijo por lo bajo:

— ¿Diez millones!  
 — De los cuales, continuó el moro, te pertenece la mitad si cumples la condicion que voy á imponerte.

— ¿Cuál es?  
 — Escucha: soy viudo; tengo una hija hermosa como el sol, pura como el ambiente de la mañana; cástate con ella, y heredarás toda mi fortuna.

— No quiero tu fortuna, respondió el joven con entereza, porque no puedo dar á tu hija mi corazón. Págame lo que me has ofrecido, y déjame ir á buscar las riquezas á otra parte.

— Tu constancia merece que las encuentres aquí mismo, contestó el árabe con mal reprimida alegría; pero la felicidad no está en la fortuna.

— Yo la necesito para ser feliz; para que lo sea mi madre; para que lo sea la mujer á quien amo.

— Pues bien, esa fortuna yo te la doy. La mitad de lo que poseo es tuyo, y esta quinta te pertenece sin condiciones.

— ¿A mí!

— Sí, dijo el árabe desembozándose y arrojando su postiza barba; el señor de Buena-Vista soy yo, que he aprendido á conocerte en el traje en que me ves ahora.

— ¡El tío Miguel! exclamó Lorenzo estrechando contra su corazón al anciano.

— El mismo.

— Y ese vestido de moro... esa caja oculta al pié de la torre...

— Todo ha sido una ficción para volverte al lado de tu madre y de Angela, y probar tu honradez y tu lealtad. Todo, hijo mío, es una ficción, menos la fortuna que te ofrezco y el cariño paternal que desde hoy te consagro.

— Pero mi madre... Angela... yo quiero verlas.  
 — Hace ocho días que no hemos sabido de ellas. Deben estar muy afligidas con tu desaparición; pero Francisco, mi fiel criado nos dirá ahora...

Y el anciano agitó el cordón de una campanilla, y Francisco se presentó en el umbral de la puerta diciendo:

— ¿Señor? ...  
 — Entra, contestó el fingido musulmán. ¿Has adquirido las noticias que te he encargado?

— ¡Señor!... dijo el negro con timidez y lanzando una mirada dolorosa hácia el joven que se hallaba á su lado.

— Habla, volvió á decirle su amo en tono imperioso.  
 — Es que... las noticias que me acaban de traer... repuso Francisco, son tan graves...

— ¿Será posible! exclamó el fingido tío Miguel, mientras una nube sombría cubría la frente del mancebo, y un copioso y frío sudor bañaba su rostro.

— Pero ¿qué es lo que sucede? volvió á interrogar el anciano.

— ¡Mi madre! ¡Angela! exclamó el joven, temiendo y deseando la explicación de aquel enigma.

Francisco sacó un papel y con mano temblorosa lo entregó á su amo, que leyó en alta voz estas horribles palabras: «Teresa se ha encontrado en el campo muerto de dolor, á los tres días de buscar inútilmente á su hijo; Angela se ha vuelto loca.»

Lorenzo cayó de rodillas, levantando las manos al cielo y con los ojos inundados de llanto.

— ¡Pero tienes riquezas! le dijo el tío Miguel con acento de amargura.

— ¿Y de qué me sirven las riquezas, exclamó el joven entrecortando con sollozos las palabras, si ya no tengo á quien hacer feliz con ellas?

— Hé ahí lo que yo diría hoy si no hubiera tenido la fortuna de encontraros. Valor, Lorenzo; valor, hijo mío. La desgracia de tu madre y de tu amada hubieran sucedido, si Dios no me hubiera enviado para velar por su felicidad y por la tuya. Ahí las tienes... Abrazalas.

Y al decir esto se abrió una de las puertas del salon, y Angela y Teresa se arrojaron en los brazos del joven.

— ¡Gabriel! exclamó despues la madre de Lorenzo, corriendo á abrazar al anciano.

— ¡Gabriel! repitió el joven con voz conmovida, fijando en su libertador una mirada de asombro.

— Sí, Gabriel, el hermano de tu padre, nuestra providencia, á quien la Virgen del Aguila salvó milagrosamente del naufragio.

— Y el que hoy... continuó el antiguo soldado de la independencia con un acento imposible de definir, el que hoy no sabría sin vosotros utilizar una fortuna comprada á costa de muchos años de infelicidad.

Paris 17 de diciembre de 1837.

## A su Alteza Real

## LA SERMA. SRA. INFANTA DUQUESA DE MONTPENSIER

LA VISPERA DE SU CUMPLEAÑOS.

## SERENATA (1).

Mientras su manto la noche triste

Despliega al soplo del norte frío,

Y ni una yerba los campos viste,

Ni un eco grato cruza el vacío,

Yo envuelta en sombras, que no desgarra

Ni de un lucero la lumbre pura,

Llego á tus rejas, con mi guitarra,

La luz buscando de tu hermosura.

Yo de la vieja España

Siguiendo el uso

(Porque de ciencia extraña

Favor rehusó),

Vengo á deshora

Mi SERENATA á darte.

Régia señora.

Cantar ufana sabré tu día,

Magüer me niegue su lira Apolo,

Si tú, princesa, me escuchas pia,

Si un eco tuyo me inspira solo.

Pues sin que estrellas me den destellos,

Sin que me brinden los campos flores,

Cuando á mí vuelvas tus ojos bellos

Tendré perfumes, tendré esplendores.

Que es fama que al instante

Que tú naciste,

Huyó al ver tu semblante

(1) Esta poesía fué leída por la señora Avellaneda á los señores duques de Montpensier con motivo del cumpleaños de S. A. doña Luisa Fernanda, y al siguiente día los príncipes enviaron á la poetisa un rico regalo que consistió en un lindo estuche con una rica joya de brillantes, perlas y rubies de exquisito trabajo.

La niebla triste;

Y en tu sonrisa

De mayo tuvo enero

La blanda brisa.

Si: cuando al mundo te dió el Eterno  
 De excelso enlace por postrer fruto,  
 — «Con esa estrella, le dijo á invierno,  
 ¡Desde hoy se aclara tu infante luto!

La flor que obtienes de mi clemencia,  
 Dará en el suelo feliz de España  
 De cien virtudes la pura esencia,  
 Que nunca el tiempo disipa ó daña:

Que el encanto secreto

De tal fragancia,

De san Luis noble nieto

Venga de Francia,

Y en él consorte

Digno de Luisa encuentre

La Ibera corte.

Y en él las artes tengan patrono  
 Que respetando grandes membias,  
 Salve, al ejemplo del patrio trono,  
 Los monumentos de antiguas glorias.

LUISA su nombre bendecir vea,  
 Y honra no hallando que no le cuadre,  
 La hermana augusta de ISABEL sea  
 De bella prole dichosa madre;

Y el ángel de consuelo

Que el pobre aclame,

Y en el bético suelo

Su luz derrame,

Dando alegría

Mas que el sol refulgente

De Andalucía. — »

Tal fué el destino que al cielo plugo  
 Darte en el mundo; oh infanta hermosa!  
 Y mida á ANTONIO con fasto yugo  
 Lo ves cumplido, do quier dichosa.

Tal fué la estrella de encantos llena

Que alumbró clara tu ebúrnea cuna...

¡Que siempre brilla cual hoy serena,  
 Jamás nublada por sombra alguna!

Y que la reina amable

Que un pueblo adora,

Y en júbilo inefable

Se inunda ahora,

Mire á su hermana

Siempre sus regocijos

¡Partir ufana!

Aquestos votos, que en rudos sonos

Mi labio humilde gozoso expresa,

Forman millares de corazones

Donde tu imagen se mira impresa.

Tu aniversario feliz aclama,

Como yo, toda la régia villa...

¡Hoy que á las nieblas del Guadarrama

Debe envidiosa mirar Sevilla!

Pues cuando al heredero

Del solio hispano

Saluda el pueblo entero

Con grito ufano,

La Providencia

Duplica nuestro gozo

Con tu presencia.

Y do tu alientas la dicha nace,

Y allí do miras la luz destella,

Y flores brotan do á tí te place

Grabar ¡oh LUISA! tu breve huella.

Por eso en tanto que el fausto día

Los tristes nublos triunfal desgarra,

Yo envuelta en sombras de noche fria

Llego á tus rejas con mi guitarra.

Por eso aquí á deshora,

Con prisa grata,

Vengo á darte, señora,

Mi serenata,

Y un solo rayo

Pido á tus ojos negros

Del sol de mayo.

Por esa gracia que ardiente imploro,

Te diera en cambio, si fueran mías,

Del dios del Pindo las liras de oro,

Del orbe inmenso las armonías.

Te diera, Luisa, de la ancha tierra

Tesoros tantos que oculta sábia,

Las perlas todas que el mar encierra,

Los mil perfumes que engendra Arabia.

Ya que pobre no pueda

Rendirte tanto,

A tus plantas se queda

Mi humilde canto,

Y en él de España

La bendición ferviente

Que te acompaña.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

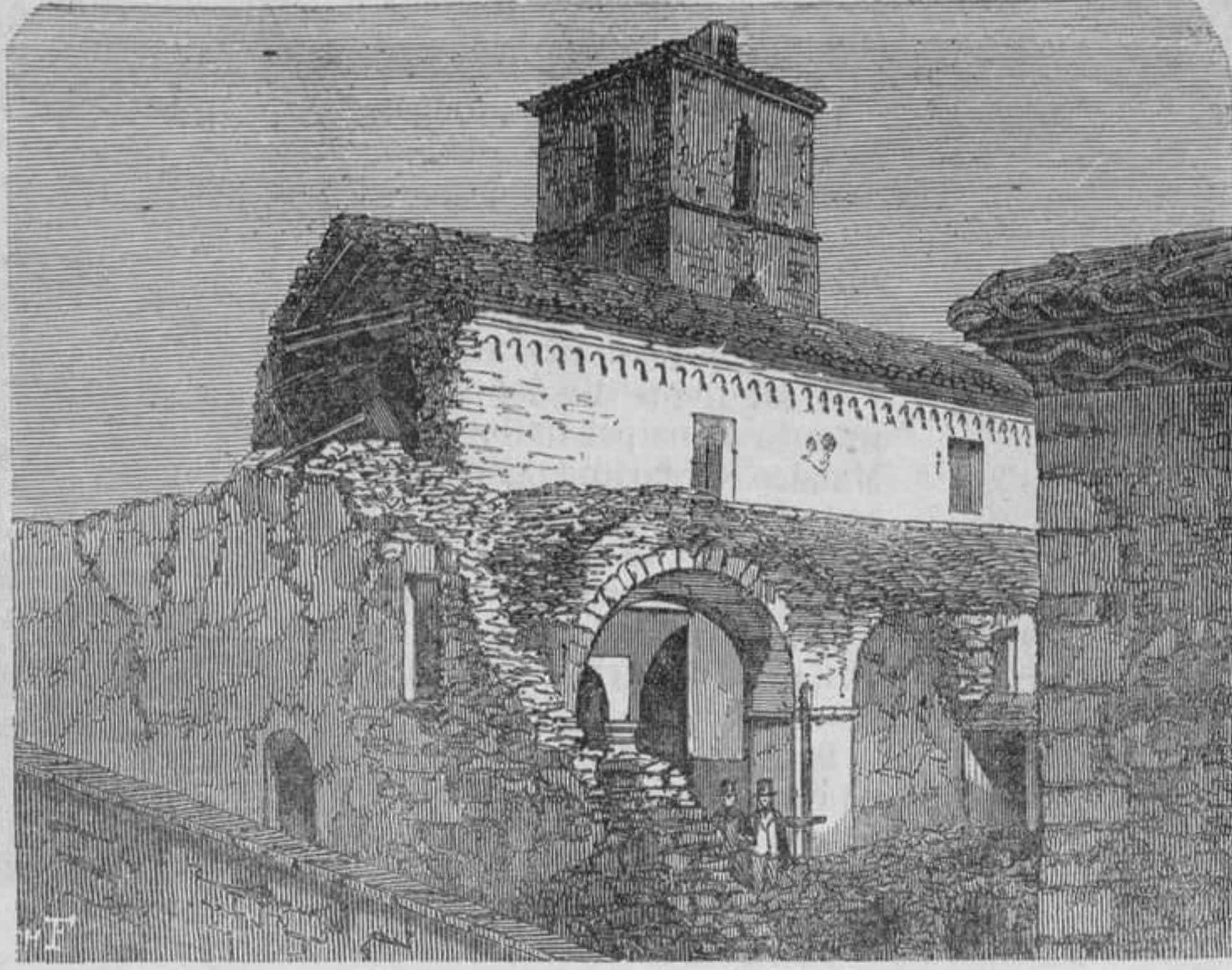


### Desastres causados por los terremotos en el reino de Nápoles.

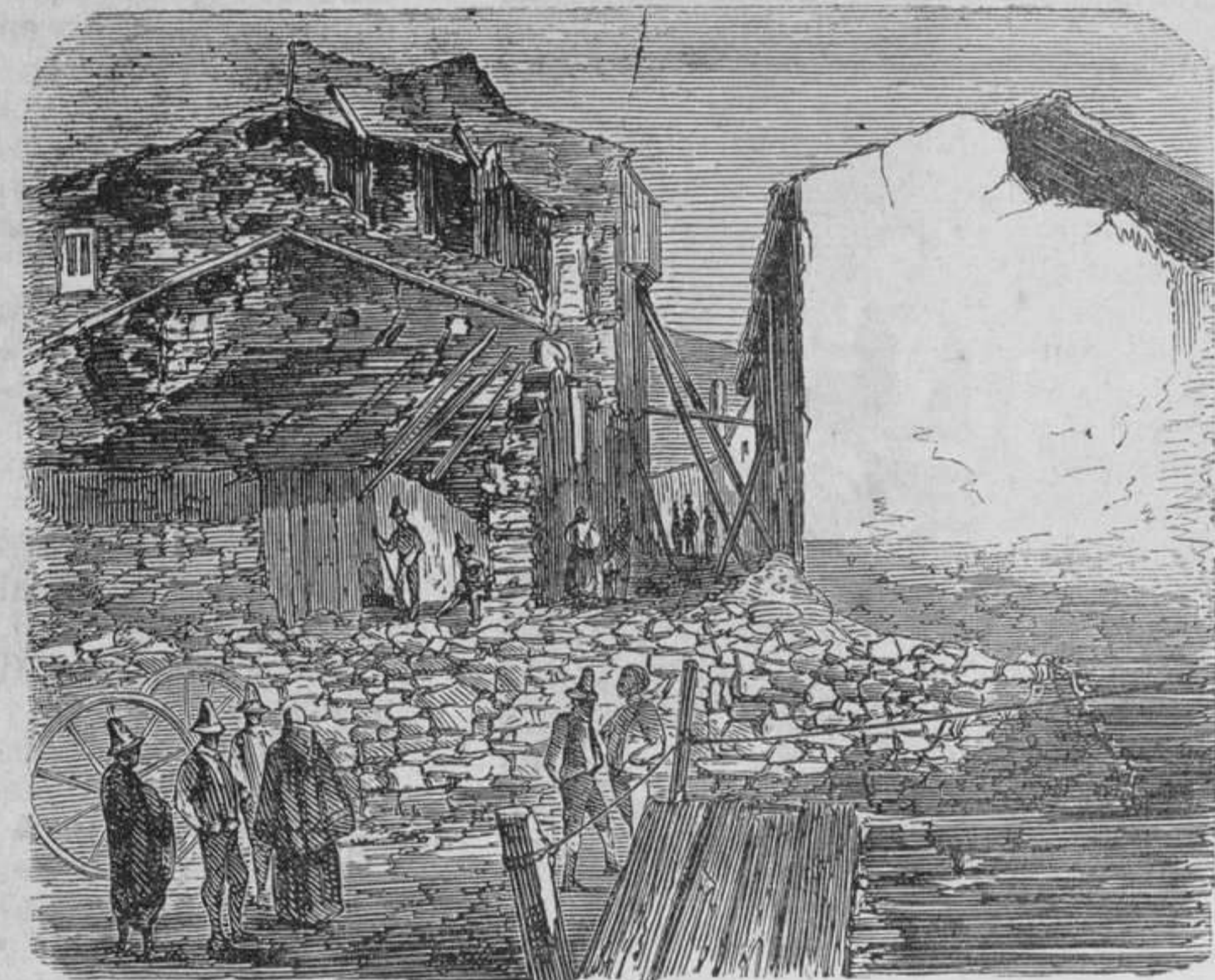
Hé aquí otra correspondencia de Nápoles fechada el 11 de enero que explica los dibujos que acompañan:

Ya han publicado Vds. los primeros detalles enviados sobre tanta desgracia, dando al mismo tiempo algunas vistas de Polla, ciudad de seis mil almas derruida en algunos segundos por el primer sacudimiento. Setecientos diez muertos se han sacado de los escombros hasta hoy, pero todavía quedarán mas de doscientos; los primeros partes oficiales hablaban de dos mil víctimas. Una joven desenterrada al cabo de nueve días, estaba viva y existe aun. Cuando se pregunta á las personas del país que quién la ha salvado, responden que todos los días una señora vestida de negro bajaba por entre las grietas de las paredes desmanteladas y llegaba hasta la virgen sepultada bajo las ruinas para darle pan.

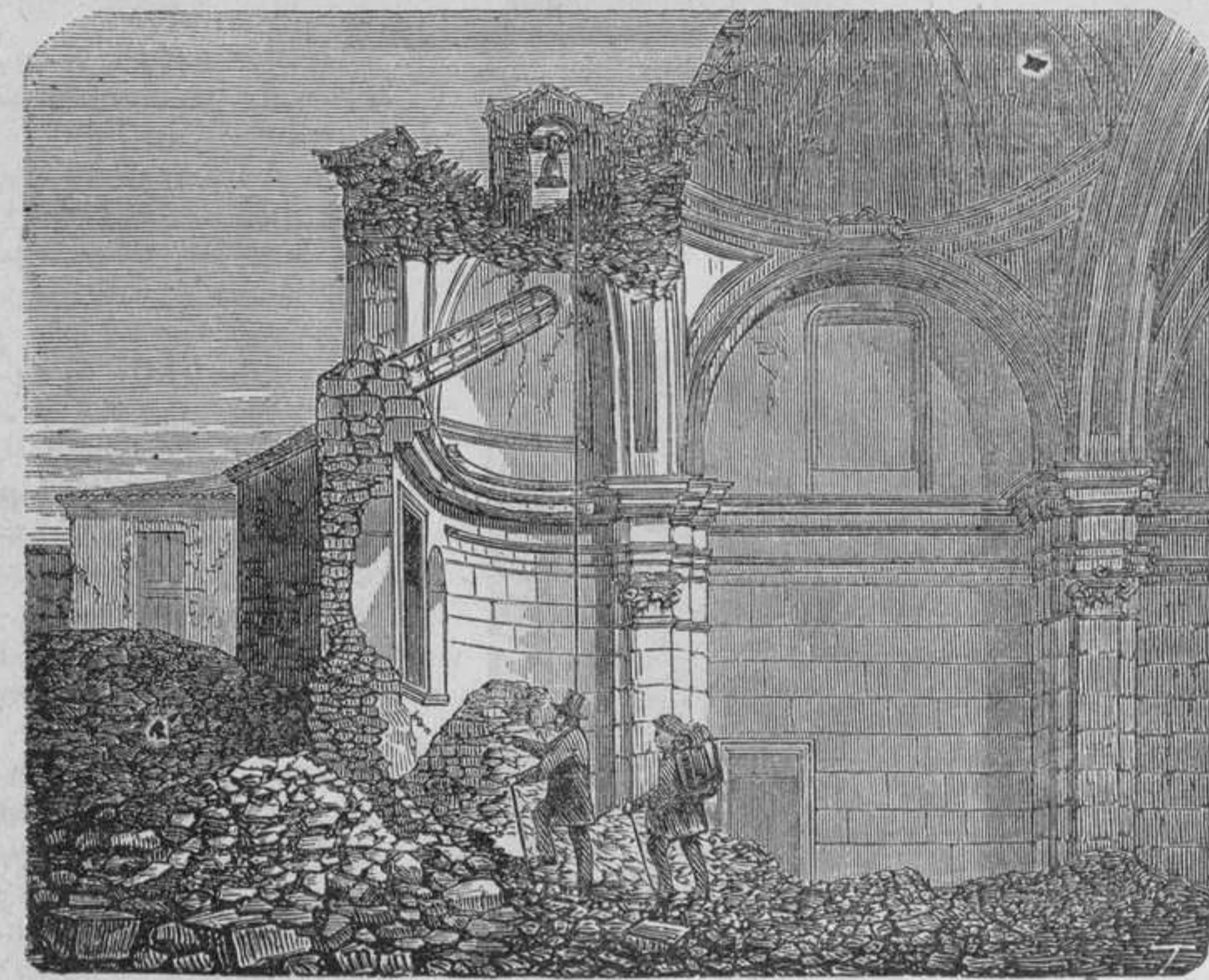
Hé aquí otro hallazgo menos poético: veintinueve días después del hundimiento sacaron de los escombros de un establo algunos puercos muy flacos pero con vida.



Terremotos en el reino de Nápoles.  
Iglesia de San Angelo de la Carita, en Potenza.



Porta Salsa, en Potenza.



Iglesia de Santa Maria Maggiore, en Vignola.

Ya que parecen á Vds. buenas las vistas fotográficas que M. A. Bernoud está sacando en las provincias devastadas por los terremotos, me permitirán Vds. que añada á su envío algunas notas explicativas que quizá interesarán á los lectores. Una catástrofe tan terrible merece ser contada minuciosamente. Los dibujos que acompañan han sido sacados en lugares casi inaccesibles, y donde el fotógrafo pudo llegar gracias á las recomendaciones del conde de Aquila, hermano del rey y protector celoso de las tentativas científicas.

M. Bernoud debió hacerse escoltar por la gendarmeria real á fin de no ser molestado en sus excursiones; y aun esta proteccion no bastó siempre en ciertas aldeas perdidas en el fondo de los Apeninos, y regidas por autoridades que no sabian leer. Los habitantes consideraban al fotógrafo como un animal curioso y malo arrojado allí por un sacudimiento del terremoto.

El aspecto general del país es muy triste. Los sitios destruidos son por lo comun aldeas que se hallaban en las cuestas de las montañas, ó sobre rocas cortadas á pico, todas ellas en la peor situacion para resistir á la ondulacion formidable que rodaba oscilando del Mediodía al

Norte. Sala, en el principado citerior, debió á su posición diferente las pocas averías que ha sufrido. La pésima construcción de las casas, sin solidez ninguna, centuplicó el número de las víctimas. Añádase á esto que por esas alturas sin camino, los socorros llegan tarde y difícilmente; no hay vehículo que pueda escalar esas cuestas escarpadas y pedregosas, y así á esta fecha, veintisiete días después del terremoto, los que han quedado salvos no han podido desenterrar aun á los muertos.

Gracias á Dios solo una ciudad importante ha padecido mucho y es Potenza, capital de la provincia de Basilicata. Sin embargo, el mal no es tan grande como se habia creído y como se cree en Nápoles todavía. Los edificios están todos derruidos ó desmantelados, pero la ciudad está habitada aun, gobernada ya en parte, y las plazas públicas se hallan cubiertas de tiendas y de barracas donde pueden dormir en paz los que temen quedarse en sus domicilios. Oficialmente no se sabe que hayansucumbidomas de veintiuna víctimas en esa población de doce á quince mil almas, y la alarma principia á cesar, aunque los sacudimientos continúan y se repiten hasta ocho veces diarias.

Estos últimos sacudimientos no son nada en comparación de las violentas conmociones del 16 de diciembre; sin embargo, el día de año nuevo una oscilacion muy fuerte acabó con Polla donde aun quedaban en pie algunas casas. Ahora esta pobre ciu-

dad se halla en un estado que hasta las calles han desaparecido bajo los escombros.

De Potenza mandamos dos vistas, una que representa lo que queda de la iglesia de San Angelo de la Carita, y otra la Puerta Salsa que no existe, con las casas demolidas.

A nueve kilómetros al Sur de Potenza, se eleva un pueblecillo de cinco á seis mil almas que fué en otro tiempo capital de la provincia: es Vignola, cuyos monumentos se admiraron mucho.

Hoy están destruidos ó poco menos: la iglesia de la Annonziata está ladeada como se ve en la prueba.

De Vignola enviamos tambien la prueba fotográfica de la iglesia de Santa Maria la Mayor cuya techumbre y campanario están abiertos. En un tercer dibujo se ve el aspecto de la ciudad por el levante: no son mas que ruinas.

A la izquierda de Vignola en las montañas al extremo de una pequeña línea que sobre el mapa indica un sendero penoso, habia el 15 de diciembre un pueblo de 5,000 almas que llamaban Tito. El 17 de diciembre se hallaba reducido á un monton de escombros que cubria mas de 300 cadáveres.



Iglesia de l'Annonziata, en Vignola.



Vista de Vignola, tomada por el Levante.



Madre Chi za, catedral de Tito.

En ese sitio los sacudimientos fueron terribles. Un hombre quiso salir de su casa con su mujer y sus hijos y por milagro no pudo abrir la puerta. Levantó la cabeza y vió que las vigas del techo salian de sus agujeros y volvian á entrar con chasquidos espantosos. Dos segundos mas y continuando la separacion de las paredes exteriores con la oscilacion, el techo abriéndose acababa con otra familia.

Esto es lo que ha sucedido casi por todas partes por la mala construcción de las casas; las cuatro paredes quedaban en pie, pero todo el interior se hundia.

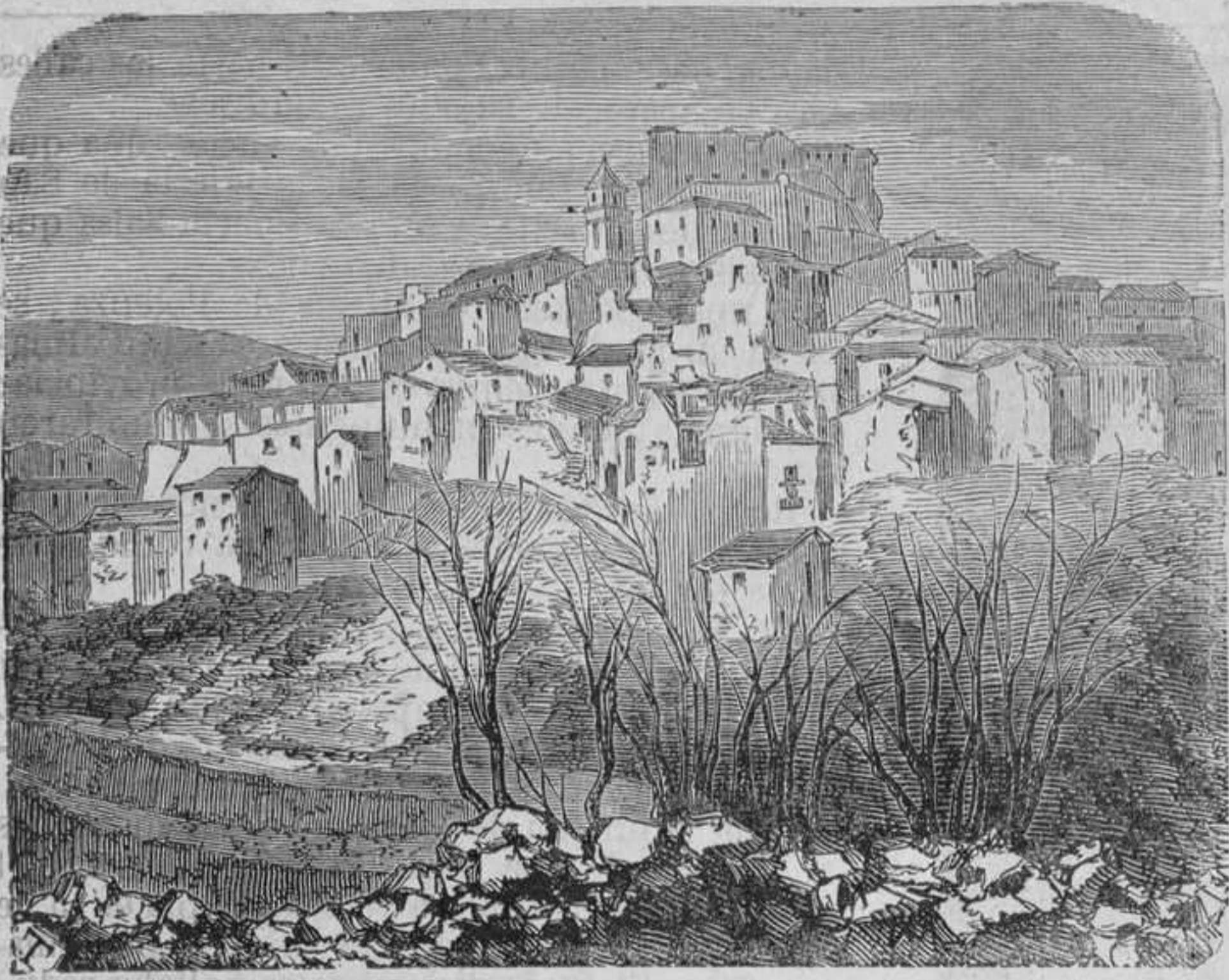
En fin, después del sacudimiento, el hombre de que hablaba acabó por entreabrir su puerta, y dió mil gracias á Dios por no haber podido salir antes.

Un monton de escombros obstruia la calle. Todas las casas vecinas se habian hundido a un tiempo.

Mandamos tambien la catedral de Tito tal como se ve ahora; es una ruina hermosísima, y dudo que la levanten nunca.

Entre Potenza y Picerno, y entre Tito y Brienza, la tierra se abrió en muchos parajes y luego se cerró dejando en el camino un hun-





Vista de Brienza.

chozas que resistieron al naufragio mientras se hundieron muros de dos metros de grueso.

El terremoto en esa comarca es rico en fenómenos que debería estudiar la ciencia. Se anunció con un *aremuoto*, un temblor de aire. Las hojas se estremecían mucho más que con la brisa más fuerte.

Al siguiente día del sacudimiento principal hallaron en Marsico Nuovo una puerta lanzada sobre un tejado. La tierra se abrió en la ciudad, y las fuentes se secaron en las cercanías para volver a saltar después con triple fuerza y abundancia.

De repente se formaron cinco ó seis fuentes de agua sulfurosa, que brotó al principio ardiendo y hoy tibia. —



Vista de Marsico Nuovo.

dimiento de 40 centímetros, y grietas que seguían por el campo hasta perderse de vista.

En Brienza peñones inmensos se destacaron de la montaña, y los últimos sacudimientos acabaron la destrucción.

El 2 de enero M. Bernoud descubrió en ese pueblo de 5,000 almas un campanario que se propuso reproducir al otro día; pero a la mañana siguiente estaba en el suelo el campanario.

El fotógrafo se venga de esta desgracia sacando la vista de conjunto que verán Vds.; pero no se sorprendan al distinguir tantas casas en pie; están sostenidas por los escombros interiores.

Se han desenterrado allí más de 200 cadáveres.

Otro tanto diré sobre la vista de Marsico Nuovo. Se cree ver un anfiteatro bastante bien conservado; pero las tres cuartas partes de esas casas que parecen enteras están ruinosas.

En ese lugar ocurrió una cosa muy extraordinaria: un niño de seis meses sobrevivió ocho días bajo los escombros, le devolvieron a la madre vivo aun, pero la madre tenía demasiada leche ó el hambre del niño era excesiva; lo cierto es que murió sofocado.

En el pueblo hay un alcalde ó un síndico para hablar más exactamente, que es un hombre de mucho corazón y se llama Giuseppe Michele Rosi. Al primer sacudimiento se lanzó fuera de su cuarto, pero la pieza adonde quería entrar se hundió delante de él. Entonces volvió atrás y se precipitó hacia otra salida, pero también debió volverse, pues todo un cuerpo de casa se hundió por aquel lado. El síndico permaneció pues encerrado entre dos hundimientos, mas felizmente el suelo en donde estaba no se movió.

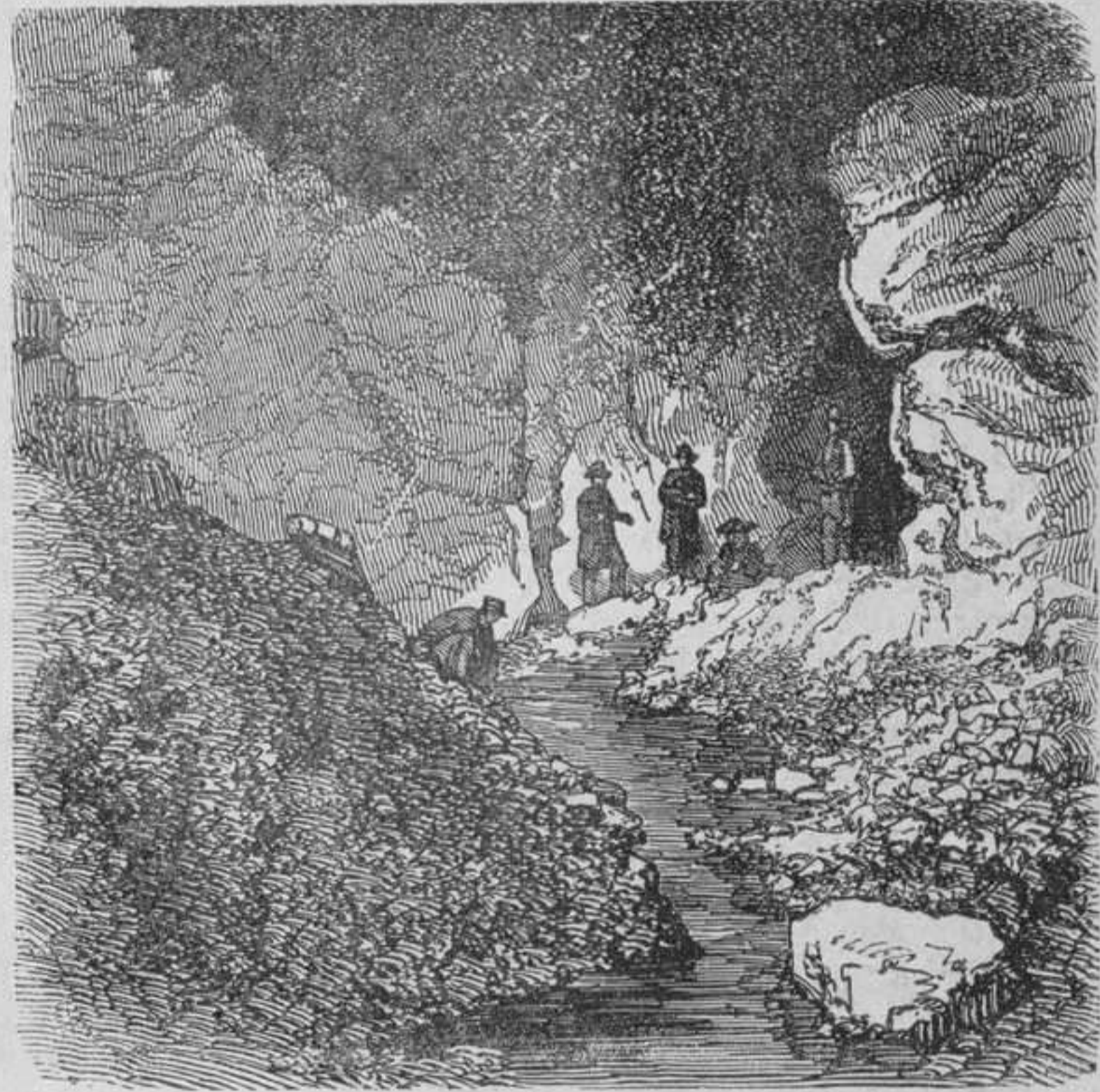
En cuanto se vió libre solo se acordó de las víctimas, y al punto comenzó á buscarlas bajo las paredes derruidas. Excavaciones dolorosas que para un vivo que salvaban ponían á descubierto veinte cadáveres.

Sacaron el cadáver de una pobre joven que no quiso salir de su cuarto porque dormía desnuda como casi todas las personas del pueblo en ese país menesteroso. Otros y en crecido número, habían perecido queriendo salir; nadie sabe qué hacer en tales momentos y hay casualidades terribles: aquí familias enteras sanas y salvas, en la casa vecina un montón de muertos!

¿Son las construcciones sólidas las que más se resisten? — No; en Marsico Nuovo hubo



Vista tomada de la plaza de Santa Croce (Marsico Nuovo).



Fuente sulfurosa torcida por el terremoto.



Iglesia de San Giovanni, en Paterno.



Atena y su catedral.



Interior del castillo de Auletta.

Un nuevo sacudimiento puede hacerlas desaparecer como sucedió en la Calabria y en otros puntos.

La vegetación está muy adelantada en todo el país; los labradores se creen en el mes de mayo.

Más abajo de Marsico Nuovo hay una aldea completamente destruida, Paterno, donde han perecido treinta y cinco personas.

Enviamos un dibujo de la iglesia principal llamada San Giovanni.

Ahora volveremos al principado citerior; y esta vez mandamos dos vistas sacadas en esa desgraciada provincia.

La una es de Atena, pueblo casi destruido; en el fondo se ve lo que queda de la catedral, un campanario casi destruido.

La otra parece el interior de una casa después de un incendio.

En el lugar donde se descubren esos montones de piedras, esas tablas dislocadas y esas vigas caídas en el aire, se hallaba antes el salón de un castillo, residencia del marqués de Auletta. Ese salón podía verse intacto hace un mes, y en algunos segundos se convirtió en una ruina que parece tiene ya diez siglos.

Pero ¡ay! no es todo aun. M. Bernoud vuelve hoy á las provincias destrozadas; muy lejos está de haber concluido su tarea; le quedan que ver muchos

pueblos horriblemente sacudidos por las convulsiones de la tierra que sigue temblando; como Montemurro, ciudad en ruinas donde los muertos se cuentan por miles, y todas las comarcas que de Sapri suben á los Apeninos, Padala entre otras cuya magnífica Cartuja está mutilada y deteriorada hasta en sus cimientos.

En esta ciudad en el convento de San Francisco un solo sacudimiento abrió una pared y lanzó por la brecha al huerto de un monasterio á un hombre con la cama en que dormía.

Hé ahí pues, muchos asuntos de dibujos y de artículos que motivarán otro envío por nuestra parte, si continúan interesando las noticias de una catástrofe que ha matado á más de 20,000 hombres, y ha devorado muchos centenares de millones.

Nápoles se halla tranquilo ya y ha recobrado el curso de su vida ordinaria; es verdad que apenas conoce una mínima parte de las desgracias. Sin embargo, aquí se ocupan mucho de los infelices en número considerable que andan errantes hoy sin hogar, y que padecen mucho con el frío que sufren por la noche en las tiendas.



Se han abierto listas de suscripción en todas partes hasta en Inglaterra y en Bélgica en favor de esas miserias que nunca podrán ser consoladas. En Nápoles la caridad pública está muy activa: los banqueros Rothschild y Meuricoffre han hecho grandes limosnas; un farmacéutico cuyo nombre siento no recordar acaba de poner su laboratorio á la disposición de los heridos y de los enfermos; las señoras van pidiendo de puerta en puerta, y todos, hasta los detenidos políticos han dado mucho. Pero el donativo mas generoso ha sido el de Polichinela.

Un ex-actor de San Carlino, un anciano que legó la careta á su hijo y que es pobre como Job, se inscribió en la lista en unos términos que merecen ser repetidos: «Salvatore Petito, en recuerdo de la acogida que obtuvo como buffo en la Basilicata, — ducados: 7, 50.»

M. M.

### Revista de Paris.

Ante todo diremos cuatro palabras que serán la conclusión de la contienda judicial que hemos dejado pendiente entre Maquet y Alejandro Dumas. El tribunal en su fallo largamente motivado ha declarado al primero «mal fundado en todas sus demandas,» y por consiguiente ha desestimado todas ellas condenándole á satisfacer las costas del proceso. Sin embargo, sus derechos al pago del dividendo prometido por Dumas han sido reservados; Maquet sufrirá en este punto la suerte de los demás acreedores.

Hemos relatado los hechos de esta causa ruidosa siguiendo escrupulosamente las exposiciones de ellos presentadas por los abogados de las partes contendientes; — ni entonces ni ahora, que se trata de una cosa juzgada, cabia aqui nuestra opinion particular en el asunto; no obstante, á fuer de cronistas, diremos que el fallo de los jueces ha venido á confirmar el parecer del público. Nadie duda en efecto que Alejandro Dumas puede tener colaboradores; pero todos creen tambien que las obras que salen de sus manos están trabajadas por él desde la primera línea hasta la última. Literariamente es cosa indudable; en todas las novelas de Alejandro Dumas se encuentra igual estilo, igual sistema de composición, el mismo movimiento en los personajes, el mismo interés, la misma vida. ¿Sin Alejandro Dumas habríamos admirado los Mosqueteros y el Monte Cristo como los admiramos hoy? Nos parece dudoso, y la prueba es que las novelas de Maquet que han salido á luz solo con su nombre, están muy lejos de haber obtenido la boga de todas las otras que ha hecho en colaboración y que ha firmado Dumas. En fin, la justicia se ha pronunciado: Dumas es el autor de sus obras.

En vísperas de carnaval tenemos que contar á nuestros lectores una historia fúnebre; así lo quieren las exigencias de la crónica. — Hace cosa de año y medio el vizconde de S..., un elegante de la juventud aristocrática de Paris, entró por capricho en un teatro de orden subalterno donde se representaba á la sazón una comedia alegre.

En esta pieza salia por primera vez una jóven bonita, un poco tímida, pero que anunciaba las mejores disposiciones. El vizconde miró con detención á Felicia (este era el nombre de la nueva actriz), la aplaudió estrepitosamente y la arrojó un ramillete de rosas blancas al finalizarse la comedia.

La noche siguiente se repitió la función. El vizconde volvió, la arrojó otras flores, y entre ellas unos versos de los que corren en todas las manos para tales ocasiones.

Felicia notó el obsequio, se quedó extasiada con las muestras de este amor naciente, y agradeció al elegante jóven el que se condenara todas las noches á oír la misma comedia solo por el placer de verla y de admirarla. Con ese instinto que poseen todas las mujeres, hasta las mas puras, adivinó que el vizconde estaba enamorado de ella; pero se dijo tambien que quizás se había prendado un poco de su talento.... Sola en su guardilla miserabel besaba aquellas flores, las primeras que habian caído á sus piés, y las guardaba cariñosamente pensando que un día, cuando ella ocupase ya un primer puesto en el arte, la recordarian sus primeros estudios, sus primeras emociones.

Al ocuparse así de sus ramilletes, Felicia se ocupaba tambien del hombre que se los arrojaba á la escena.

— ¡Es arrogante mozo, murmuraba, parece amable, bueno y sincero!

Muchos errores habia en este juicio, exceptuando la hermosura, si bien en ella tenian mucha parte el peluquero y el sastre del vizconde; pero el amor no tiene ojos de lince, al contrario, ya sabemos como le pintan.

El vizconde no se habia enamorado de la actriz; la intriga era un simple capricho.

Para satisfacerle, nuestro hombre dispuso hábilmente sus baterías. Principió por el género pastoril: ramilletes, versos, admiración discreta, éxtasis contemplativo y suspiros. No hay nada mas viejo, pero nada sigue mas en uso.

Cuando consideró que era tiempo de dar un gran golpe, llegó al teatro en compañía de un amigo suyo Anatolio de O... un jóven amante de aventuras, jugador, duelistas y vividor como el primero.

— Mira, le dijo el vizconde al apearse del carruaje, se trata de repetir aquí una de las escenas que hemos ejecutado tantas veces.

— ¿Esas tenemos? repuso Anatolio atusándose sus bigotes puntiagudos; ¿será por supuesto una mujer casada?

— No, es una soltera á quien adoro.

— ¿Hermosa?

— Como un lucero; pero ya la verás, y así es inútil que te haga su retrato.

— Adelante. ¿Para qué necesitas de mí?

— Debe creer que me he enamorado seriamente, y tengo que hacer con ella todas las tonterías que aconseja el amor platónico... Tengo que ponerme triste en mi luneta, tengo que mandarla versos que no escribo yo...

— Eso lo sé.

— En fin, he debido combinar una pequeña novela, y te necesito para apresurar el desenlace.

— Explicáte.

— Tomarás un palco de proscenio, y yo me instalaré en la orquesta en el mismo lado del palco; entrarás algunos minutos despues que yo, y durante la primera pieza harás lo que gustes.

— ¿Es larga?

— No... cuatro actos.

Anatolio protestó enérgicamente.

— Echate á dormir, prosiguió el vizconde; pero cuando llegue la comedia siguiente y al punto que salga Felicia...

— ¿Quién es Felicia?

— ¿Quién ha de ser? Mi heroína.

— Prosigue.

— En cuanto salga Felicia, principiarás á reírte...

— Muy bien.

— Harás un poco de ruido...

— ¿Yo solo?

— ¿Y porqué no? Interrumpirás la representación dirigiendo algunos equívocos á Felicia; en una palabra, escandalizarás un rato.

— Está entendido; pero acudirán los guardias municipales...

— Antes acudiré yo...

— En hora buena; eso me gusta mas, enténdrmelas contigo.

— Yo haré que me abran la puerta de tu palco, te diré algunas palabritas en voz baja, nos daremos recíproca y visiblemente nuestras tarjetas, y entonces callarás ya, y yo me volveré á mi puesto.

— ¡Qué ingenio el tuyo!... ¿Sabes que la combinación me parece de un efecto infalible?

— Tanto mejor.

— Felicia se turba y se desmaya... el público me acusa, se incomoda... y tú alcanzas el triunfo. Bravo, vizconde, y lo que mas me agrada es la conclusión.

— ¿Pues?

— El desafío.

— ¡Cómo! ¿Te figuras que vamos á batirnos?

— Seguramente.

— Mañana temprano vendrás á almorzar conmigo, tiraremos un rato al florete, con prudencia me harás un rasguño en el brazo para que pueda llevarle colgado de un pañuelo durante ocho días, y á eso se reducirá nuestro duelo.

Y acabado este diálogo se separaron el vizconde y Anatolio.

Cuando principió la comedia en que trabajaba Felicia, las cosas pasaron del mismo modo que se habia dicho.

Y efectivamente, la pobre jóven cayó en el lazo; ella tan leal y tan cándida creyó en el afecto de aquel hombre que la habia arrojado la primera corona, y aquel respeto, aquella protección caballeresca de la espada á que se hallan tan poco acostumbradas las mujeres de teatro, la causaron tal emoción, que se puso pálida, y si no hubiera hallado el apoyo de una silla, habría caído al suelo sin sentido.

Pero esto fué como un relámpago; al punto recobró la razón y concluyó su papel sin tropiezos.

Al acabarse la función y cuando el vizconde pasaba lentamente por la callejuela desierta donde está la puerta del teatro reservada á los artistas, oyó detrás de sí el crujido de un vestido de seda, y una voz conmovida murmuró:

— Caballero, por piedad escuchadme.

— ¡Ah! ¡sois vos! exclamó el vizconde volviéndose como sorprendido á la vista de Felicia.

— Sí, yo soy, repuso esta, y vengo á suplicaros de rodillas que no lleveis á efecto el desafío.

Entonces el asombro del vizconde creció de punto; juró y perjuró que no se batiría con el caballero del palco; pero tuvo cuidado de decirlo con un tono que desmentía sus palabras.

Fácil es adivinar el capítulo siguiente de esta historia.

El día de aquel supuesto duelo, en tanto que el vizconde y su amigo almorzaban alegremente, Felicia lloraba con amargura.

— Muy cruel ha sido conmigo, se decia; no me ha declarado su nombre, ni las señas de su casa; si no volviera esta noche, ¿qué sería de mí?

Al cabo llegó la hora del teatro. Durante la primera pieza la luneta del vizconde permaneció vacía.

— ¡Dios mío! exclamaba la actriz; si ha muerto, será un dolor que me durará mientras esté en el mundo.

De repente apareció el vizconde. Estaba vestido de negro con mucha sencillez, un poco pálido y el brazo envuelto en un pañuelo; todo esto le prestaba nuevos hechizos.

Aquella noche Felicia trabajó admirablemente.

Un mes despues el vizconde habia logrado sus deseos; y en estas últimas semanas la cómica obtenia un ajuste en uno de los principales teatros de Paris.

— ¡El porvenir es mío! decia Felicia; y á él se lo debo todo... ¡Qué orgullo el suyo al verme coronada, festejada, pues todo, todo, aplausos, triunfos, talento, todo le pertenece!

La víspera del día fijado para su estreno, Felicia recibió con mas júbilo que nunca al vizconde.

— ¿Con que es mañana? le preguntó este sonriendo.

— Sí, respondió ella mirándole con ternura.

— Te tengo reservado en regalo para que recuerdes el tiempo pasado, cuando trabajabas para otro público.

Y el vizconde le echó al cuello una cadena primorosa de la cual pendia un reló diminuto enriquecido de diamantes.

Felicia contestó á este regalo con una confianza... un confianza que hizo palidecer al vizconde.

Toda aquella noche este se mostró muy pensativo y melancólico, y se retiró muy temprano.

Al otro día no volvió, ni debia volver nunca.

Una hora antes de la representación, Felicia se puso mala y no pudo salir al teatro... Al cabo lo habia comprendido todo.

Los periódicos del martes último traian estas líneas:

«Ayer han sacado del Sena una jóven que ha debido permanecer en el agua mas de cuarenta y ocho horas. Este suicidio es doblemente deplorable por cuanto la jóven se hallaba en cinta.»

Era Felicia.

A propósito de la muerte de la Rachel insertamos entre nuestro primer artículo de apuntes una carta del jefe de la «Claque» del Teatro Francés que nos pareció curiosa en su género. Sobre esta corporación de aplaudidores de oficio que los franceses tienen la paciencia de tolerar en sus teatros, acaba de publicar un estudio muy completo y muy divertido en la *Revista Francesa* M. Jouslin de la Salle, ex-administrador del Teatro Francés. Son muy notables y muy curiosos en su trabajo los detalles siguientes acerca del autor de la carta dirigida á Rachel, uno de los mas ilustres «empresarios de triunfos dramáticos.» Hé aquí lo que leemos:

«... V., antiguo cómico, aunque se retiró de las tablas jóven aun, era un hombre de talento natural, muy cortés y de modales finos. Vestia elegantemente; frac y pantalon negros, corbata blanca, pechera de batista, alfiler de brillantes, solitario en el dedo y caja de tabaco de oro; fácilmente le habria tomado cualquiera por el notario ó el agente de cambio del teatro. Este noble jefe de «claques» llevaba una vida casi opulenta; recibia en su salon y poseia una casa de campo, donde convidaba á los jóvenes autores y á los cómicos en ciernes...»

No se puede dar mayor importancia al personaje. — Otra cita sobre la claque:

«Hé aquí cómo se compone el personal de la «claque» que se forma de *intimos*, de *lavables* (de *lave*, término de caló que significa vender; los *lavables* compran su billete por 50 c., 75 c. ó 1 fr.), y de *solitarios*. Todos deben aplaudir, reír y proferir exclamaciones haciendo el servicio como los *intimos*, y esto bajo la vigilancia de los jefes de cuadrilla. Hay aficionados que desean asistir á las primeras representaciones, y estos pagan su billete al precio del despacho; de este modo obtienen la ventaja de entrar con los «claques» por una puerta lateral antes que el público, sin tener que esperar en la calle y pudiendo elegir los puestos que les gusten. Todo lo que se exige de ellos es que no silben. Exentos de toda vigilancia, se colocan lejos de la pandilla venal que los designa con el nombre de *solitarios*.

«La «claque» es hoy un ramo de industria muy lucrativo; un jefe de ella tiene mas sueldo que un alto dignatario, y así es que venden el empleo á buenos precios. Podria citar un jefe de «claque» actual que ha comprado el suyo por 50,000 francos.»

Preciso es ver escritas tales cosas por un hombre como el ex-director del Teatro Francés para que puedan creerse.

Hé aquí para concluir un lance original:

Una jóven llamada Lucía H..., queriendo enviar un obsequio á su familia, se presentó hace algunos meses en casa de un fotógrafo de los mas afamados de Paris para que la hiciese su retrato.

Efectivamente el retratista sacó la imagen y la entregó á la jóven que salió pensando en enviarla á las personas á quienes estaba destinada.

Algun tiempo habia trascurrido desde entonces cuando de repente vino á saber que se habian visto pruebas de su retrato tanto en Paris como en Bruselas. Era evidente que el fotógrafo en cuestion habia especulado con la hermosura de Lucía sacando de su estampa varios ejemplares.

Para la jóven el lance tenia resultados gravísimos. Hallábase á punto de casarse con un extranjero rico, y como por todas partes se encuentran amigos benévolos, hubo algunos que corrieron á decir al futuro esposo que su prometida era una coqueta indigna de enlazarse con él, pues exponia su retrato en Bruselas y en Paris. Hasta le afirmaron que una de estas pruebas se habia encontrado en el cuarto de un lacayo.

El novio, susceptible como suelen serlo muchos desgraciadamente para las novias coquetas, escribió al punto á Lucía lo que le habian contado, y declaró formalmente que rompía con ella todas sus relaciones.

Esta es la historia contada por Lucía, que llamó ante los tribunales al fotógrafo pidiéndole 10,000 fr. de daños y perjuicios; pero ¡ay! con mucha razon se dice que para pronunciarse entre dos que tienen es preciso oír á entrambas partes.

El abogado del fotógrafo relató las cosas de otra manera; todo habia sido bien inocente; la prueba del retrato de Lucía que el fotógrafo habia expuesto en efecto en su casa de Bruselas, sufrió esa exposición nada degradante, pues todo el mundo admiraba la hermosura de Lucía, casi con el consentimiento de la jóven, y en cuanto á lo del casamiento con el extranjero parece que tenia mucho de comedia.

En suma, los jueces decidieron que los hechos alegados por la hermosa Lucía no estaban probados, y que no le habia resultado ningun perjuicio del error cometido por el fotógrafo.

MARIANO URRABIETA.

### El ciegucecito de Mataró.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Cuando el verano último hice una excursion desde Barcelona á la ciudad de Mataró tuve ocasion de cono-



cer y admirar á un niño de catorce años, ciego de nacimiento, que en su tierna edad es ya un gran profesor de música, y en una de las cartas que dirigi al *Diario Español*, trasmitiéndole mis impresiones de viaje, refiriéndome á este niño dije lo siguiente:

«Genio privilegiado, con una organización musical extraordinaria, es un verdadero prodigio como compositor y como violinista. Maneja el arco del violín y hierre sus cuerdas con la maestría y la dulzura de Ole Bull, y dando rienda suelta á su inspiración, siempre toca piezas distintas, que brotan de su fantasía con la misma facilidad que brota el agua de una caudalosa fuente. Llámase este niño don Carlos Isern, y debe su educación musical á su padre, el caballero don Jaime Isern, ciego también como él, y como él también admirable músico. El espectáculo que ofrecen el padre y el hijo, ciegos los dos, y los dos grandes compositores y muy excelentes instrumentistas, conmueve é interesa en extremo. El padre generalmente acompaña al piano las composiciones que improvisa el niño en el violín y en el arpa, y no se sabe que aplaudir más, si el buen gusto y la fecunda imaginación del joven, ó el hábil y arreglado acompañamiento del pianista.

Mas no se limita á la música la privilegiada disposición del ciegucecito de Mataró; su talento ha hecho también progresos en otro género de estudios, y habla con perfección cuatro ó cinco idiomas, y como si todo esto no fuera suficiente para conquistarse la admiración de cuantos tienen ocasión de verle, se cautiva su simpatía y su cariño con su bella y candorosa figura, y su amable y bondadoso carácter. En efecto, Carlos Isern es uno de esos genios extraordinarios que tienen sobre cuantos á ellos se acercan un poder de fascinación irresistible. Una sola vez que se le vea, y se le trate, y se le oiga tocar el violín ó el arpa, es más que suficiente para quererle mucho y para que no se borre su imagen de la memoria. Y esto se comprende fácilmente, porque si un niño cualquiera que reuniese al talento musical la precoz inteligencia de este, conquistaría nuestro cariño, calculen Vds. cuánto más habrá de conquistarle el que sobre todas estas cualidades inspira naturalmente la simpatía que produce siempre la desgracia en los corazones generosos.»

Esto dije hace pocos meses, y ahora voy á permitirme una ligera reseña biográfica del niño en cuestión, para probar el fundamento con que lo dije.

El niño Carlos vino al mundo, ciego como su padre, el día 2 de octubre de 1843, y no había cumplido cuatro meses cuando un día que estaba llorando en la cuna, se le aproximó aquel para acallarle, compadecido de su amargo llanto, y como le silbase un canto cualquiera, el niño suspendió su lloro en el instante y quedó tranquilo y apacible. Esa observación indujo á su padre á hacer otras, y advirtió que siempre que el niño oía música, prestaba la más exquisita atención, así como prorumpía en llanto y hasta le daban convulsiones cuando oía sonidos disonantes y discordes. De esta sensación no se veía libre el ciegucecito, ni en los momentos en que le daba su madre el pecho, pues apenas oía tocar mal le dejaba lloroso, y mostraba una inquietud que movía á compasión, y que no cesaba hasta que la armonía le volvía luego á su estado de reposo. Durante una grave enfermedad que le acometió apenas había cumplido un año, era tal su inquieta movilidad que no permitía al médico tomarle el pulso, cuando su padre empezó á tocar el violín el enfermito quedó tan inmóvil, que el doctor pudo pulsarle con toda libertad.

Aun no sabía Carlos articular palabras, y tarareando cantaba ideas musicales que había oído ó de invención suya, y apenas empezó á hablar, solo de oír dar la lección á los muchachos que aprendían música en su casa, aprendió los nombres de las notas, y aunque mal articuladas al principio, las aplicaba á todo lo que cantaba, con el acierto con que podía hacerlo el mejor músico. A los dos años comenzó á tocar en el piano varios motivos de óperas con una sola voz y á ejecutar armonías por diferentes tonos de un modo admirable, llegando su instinto musical hasta tal punto que cuando oía en el piano ó otro instrumento sonidos aislados ó consonancias, decía en el acto las notas de los sonidos que había oído. Juez de los discípulos de su padre, cuando le preguntaban ¿ha sabido hoy fulano la lección? pronunciaba su fallo, sin equivocarse nunca, con un *si* ó un *no*, únicas palabras acaso que sabía articular.

Por el solo movimiento de los dedos de su padre y de cualquiera otro en su cabeza adivinaba las piezas que querían indicar. A los tres años y medio conocía perfectamente la armonía, sin que nadie se la hubiese enseñado. Cuando oía música decía por qué tono tocaban y advertía las salidas de tono distinguiendo perfectamente el modo mayor del menor. Un día sorprendió á su padre y á un amigo suyo, al entrar en su casa, oír tocar la jota en el piano con su correspondiente acompañamiento. El pianista era Carlos, que les manifestó una grande alegría por haber acertado á tocar con acompañamiento, pues que hasta entonces no había tocado sino armonías sueltas, y los motivos que ejecutaba no los armonizaba. Entonces se le preguntó por qué tono tocaba y dijo que en *do*, luego le preguntaron si tocaría la jota en *fa*, y la tocó en seguida, así como en *sol*, en *re* y en *la*. Desde aquel día ya á todo lo que tocaba le ponía su acompañamiento, y lo variaba de diferentes maneras. En una ocasión en que un organista estaba admirando los portentos del niño, su padre le dijo á este: ¿Harías una escala empezando por aquí? y tocó un *si* bemol. Le contestó que sí y la hizo perfectamente. Se le dijo que la misma escala la hiciera en el modo menor y la hizo tan bien como la anterior. En seguida

se le señalaron varias tónicas y sobre cada una de ellas hizo las dos escalas del mayor y menor.

Al ver su padre tan extraordinario desarrollo intelectual á los tres años de edad, retardó con cordura su educación para no fatigar su entendimiento que trabajaba ya más de lo que era regular en un niño tan tierno.

Aun no había cumplido cuatro años, cuando le regalaron un violín proporcionado á su estatura. Su padre no hizo más que enseñarle el modo de ponerlo. Estuvo los primeros días el niño limitándose á pasar el arco por las cuerdas sin hacer uso de los dedos de la mano izquierda; pero á los pocos días dijo á su padre: «mira, papá: este es *sol*, este es *la*, este es *si*, y siguió ejecutando toda la escala en el violín, y al concluir dijo lleno de gozo: «ya he hallado la maña.» Desde entonces fué adelantando sin auxilio de nadie; de modo que tocaba varias piezas, hacia consonancias por diferentes tonos y daba muestras de que con el tiempo sería otro Paganini.

Cuando su padre tocaba el violín, él lo acompañaba con el piano, y entonces era cuando se dejaba conocer más su extremada inteligencia: porque seguía todas las modulaciones que hacía su padre, si bien no podía de pronto cambiar las armonías, porque tenía que buscar las teclas, que de repente no podía hallar.

Es digna de notarse una observación que tuvo lugar el mismo día que Carlos cumplió cuatro años.

Su padre le había llevado al órgano y estaban puestos los registros del lleno, cuando el niño pisó casualmente la contra del *do*, y dijo: *do, mi, sol, do, mi*; su padre le dijo que aquello era un *do*; y volvió á pisar la contra diciendo con energía: ¿no lo oyes? *do, mi, sol, do, mi*. Ese pasaje admirará á cuantos conozcan la composición de los sonidos del órgano, porque tocando el niño una sola contra, oía realmente todos los sonidos que nombraba, y los demás solo perciben los sonidos fundamentales. Muchas personas han envejecido tocando órganos, y no han conocido lo que Carlos atinó en un instante.

Cuando el célebre Ole Bull estuvo en Barcelona, fué á Mataró para visitar al señor Isern, y tocó en su casa; el niño le oyó con entusiasta admiración, en términos que cuando concluyó la primera pieza echó á correr hacia el gran violinista y le cogió de las piernas gritando *bien, bien*.

El no menos célebre violinista italiano Bazzini también tuvo ocasión de oír al ciegucecito de Mataró, cuando este tenía siete años, y formó un concepto tan ventajoso de él, que correspondió á las esperanzas que ha realizado. El niño al oír tocar á Bazzini, dijo á su padre con la convicción del genio: «papá, tú no tocarás nunca como ese señor, pero yo sí.»

Hasta que Carlos hubo cumplido siete años y medio, su padre no trató de metodizarlo en el modo de tocar, y apenas llegó á esta edad le fué tan fácil, que bastaron pocos días para hacerle adquirir una buena posición.

Antes de los ocho años ya tocaba piezas muy difíciles con mucha limpieza y expresión. Los conciertos de Rode y los de Viotti le parecían demasiado fáciles; así siguió adelantando en el violín por medio de ejercicios que le componía y luego los estudiaba.

Los que han tenido ocasión de observar la retención de sonidos que posee, no dudan de los hechos que he citado; pero conozco que habrán de creerlo con dificultad los que no hayan sido testigos como yo de precocidad tan extraordinaria.

El niño retiene el sonido de todas las campanas que hay en su pueblo y de todas las que ha oído de Barcelona con todas sus resonancias, y no solo de las campanas de campanarios sino de todas las campanillas de las casas que ha frecuentado, muchas de las cuales las ha oído una sola vez; de modo que en muchísimas ocasiones se ha advertido que después de tres y cuatro años de no haber oído una campana reproduce su tono con toda exactitud. Lo mismo sucede con los órganos, pianos y otros instrumentos, que si los ha tocado ó oído una vez ya no se le olvidan jamás.

Mas no para aquí el prodigio. Es tal la perspicacia de su oído, que tocando en el piano doce, catorce, ó más teclas juntas, sean ó no contiguas, y que formen una disonancia horrible, él las distingue y las nombra todas sin añadir ni quitar ninguna á las que se han tocado, lo que no vacila en asegurar que no es capaz de hacer ningún músico. Y siempre tiene el tono de orquesta tan presente que lo da con la seguridad de un diapason.

Cuando era muy pequeño se le figuraba que todos habían de hacer lo que él, y decía que los diapasones eran inútiles.

Por vía de diversion aprendió solo á tocar el fraggioletto, el arpa, y el violonchelo sin dejar olvidado el piano y el violín.

A los ocho años empezó á estudiar gramática castellana, aritmética y aprendió á escribir. A los nueve se matriculó en la Universidad y estudió los cuatro primeros años universitarios; y después se dedicó al estudio de las lenguas. Ahora tiene catorce años y está adornado de conocimientos nada comunes.

Este es el justamente célebre ciegucecito de Mataró. Díganme ahora los que hayan leído estos apuntes biográficos, si no le califico con razón de un verdadero genio, y si no la tuve para decir, como repito ahora, que la buena fortuna de que dispone en Mataró el señor don Jaime Isern, acaso es un obstáculo para que la fama de su hijo traspase las fronteras de Cataluña. De haber sido su posición menos halagüeña, Carlos Isern recorrería por una senda de flores los teatros y los salones de

las primeras ciudades de España y aun de Europa, y la fama de sus triunfos, como artista, resonaría por todas partes.»

FRANCISCO DE PAULA MADRAZO.

## Tunez.

M. de Moynier escribe de Tunez con fecha 9 de enero de 1858 la interesante carta que trasladamos á continuación, acompañada de varios dibujos:

La Europa civilizada se ha conmovido mucho con un acto de bárbaro fanatismo cometido hace medio año por el gobierno de Tunez.

Efectivamente, era bien extraordinario un auto de fe en 1857 á pocas leguas de las posesiones francesas de Africa; pero en muchas cosas de este mundo, el mal ocasiona el bien. Por esto la ejecución del judío blasfemador ha sido el punto de partida de una nueva era para la regencia de Tunez, que hasta hoy se había encontrado excluida del movimiento civilizador que las grandes potencias habían provocado en Oriente — Pero hé aquí el resumen de los sucesos ocurridos en Tunez con los dibujos de las principales ceremonias á que hemos asistido.

Sabido es que la intervención de los representantes de las provincias cristianas cerca del bey de Tunez con motivo de la ejecución del judío blasfemador, fué apoyada en breve con la llegada á las aguas de Tunez de una escuadra francesa. Esta demostración que no tenía ningún carácter amenazador dió al bey la fuerza moral necesaria para imponer á su pueblo y á varios personajes extraviados por su fanatismo algunas reformas propias de la época.

Así pues, en presencia del almirante Trehouart que mandaba la escuadra acompañado de sesenta oficiales de la marina imperial, el bey, rodeado del cuerpo consular residente en Tunez, de los ulemas y de todos los altos dignatarios de la regencia, juró solemnemente respetar en adelante la vida y haciendas de todos sus súbditos, y conceder á todos los habitantes de su país, cualquiera que fuese su religión y nacionalidad, igualdad de derechos y de protección.

El dibujo n.º 1 representa esta ceremonia en el momento en que los ulemas, después de haber recibido el juramento del bey, hacen una invocación á Dios y piden al Altísimo que bendiga las resoluciones del príncipe de Tunez.

El 9 de setiembre tuvo lugar esta imponente ceremonia, y en el día de hoy todavía no se han puesto en ejecución la constitución otorgada por el bey y las reformas decretadas.

El emperador Napoleon se halla tan persuadido de la lealtad de las intenciones de Sidi-Mohammed-Bey, que acaba de enviarle el gran cordon de la orden imperial de la Legión de Honor.

S. M. I. ha querido sin duda dar mayor realce á esta distinción ordenando que las insignias de la condecoración estuviesen enriquecidas de brillantes. Acabamos de asistir á la entrega del gran cordon, ceremonia que hemos reproducido en el dibujo n.º 2.

Para manifestar altamente sus sentimientos de gratitud y respeto al emperador, el bey quiso recibir la ofrenda con mucha pompa, y convocó en su palacio del Bardo á todos los cónsules extranjeros y á todos los grandes dignatarios de su país.

M. Leon Roches, encargado de negocios de Francia, acompañado de los oficiales de la legación, de los diputados y de las personas más notables de la nación francesa, pasó al palacio en coches de la corte.

Todas las tropas disponibles formaban la carrera desde la entrada del Bardo hasta el salon francés en donde tuvo lugar la recepción.

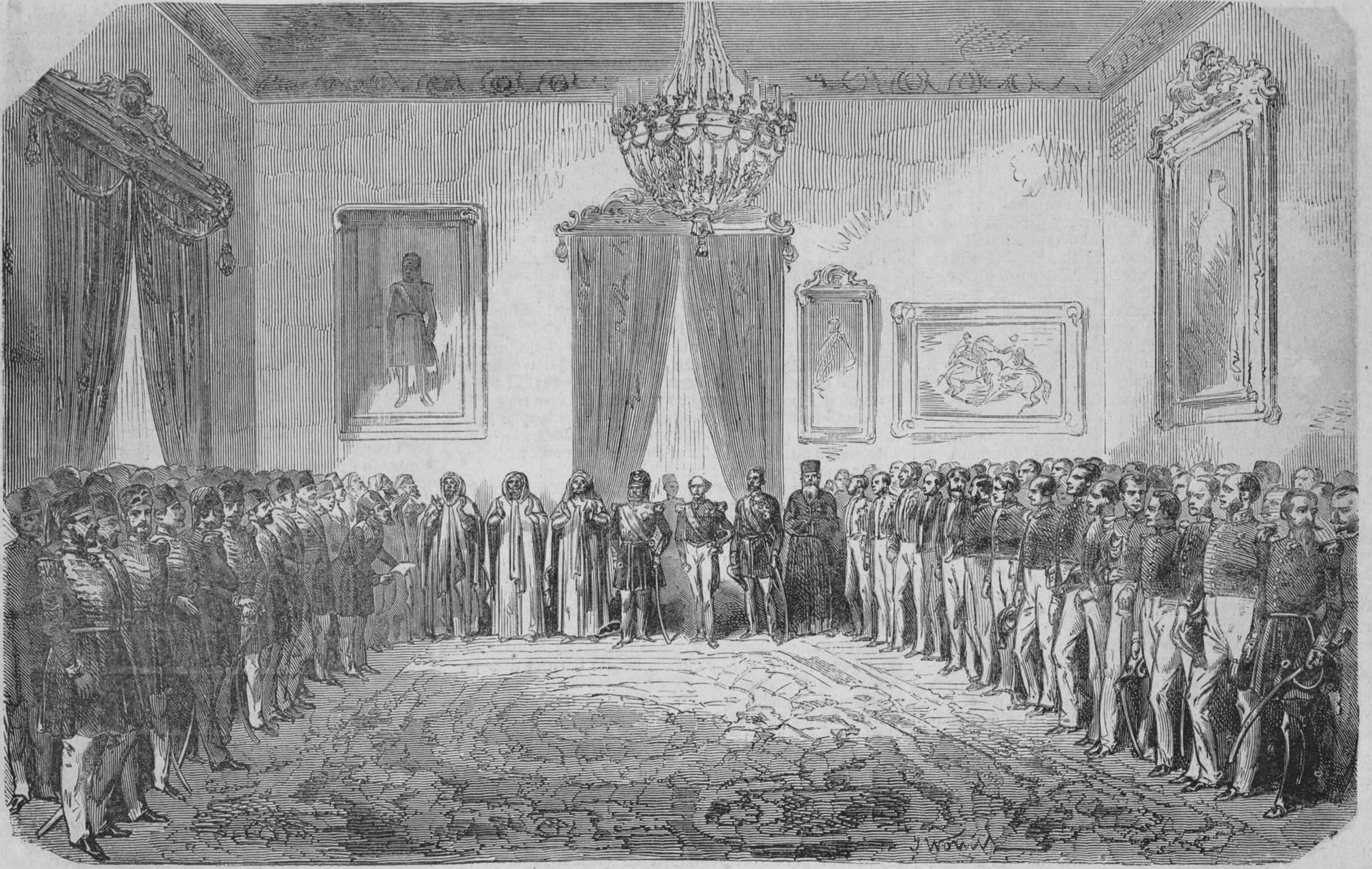
Introducido por el conde Raffo, ministro de Negocios extranjeros, M. Roches, después de haber anunciado á Su Alteza el favor de que era objeto, le puso las insignias de gran cruz, llevadas en ricos almohadones por los oficiales de la legación, y le dió el ósculo, ceremonia inusitada hasta este día, y que produjo un gran efecto en la asamblea musulmana.

Sidi-Mohammed apenas podía contener la emoción y el júbilo que sentía; sin embargo, en su respuesta al encargado de negocios manifestó altamente su gratitud á la Francia y al Emperador, y renovó la promesa que había hecho en aquel mismo salon de poner en ejecución lo más pronto posible las reformas que había decretado.

Las dos ceremonias de que acabamos de hablar dejaron profundos recuerdos en la regencia, y creemos serán el punto de partida de la prosperidad y de la civilización de ese pequeño país que por su proximidad á la Argelia se recomienda á la benévola protección de la Francia.

La colonia francesa establecida en Tunez, habiendo podido apreciar la conducta inteligente y enérgica que ha mostrado en todas esas circunstancias su representante M. Leon Roches, quiso dar en su persona un testimonio de su gratitud al gobierno del Emperador, y con motivo de la fiesta de año nuevo el diputado de la nación anunció al encargado de negocios de Francia que le regalaba, en recuerdo de la parte que había to-





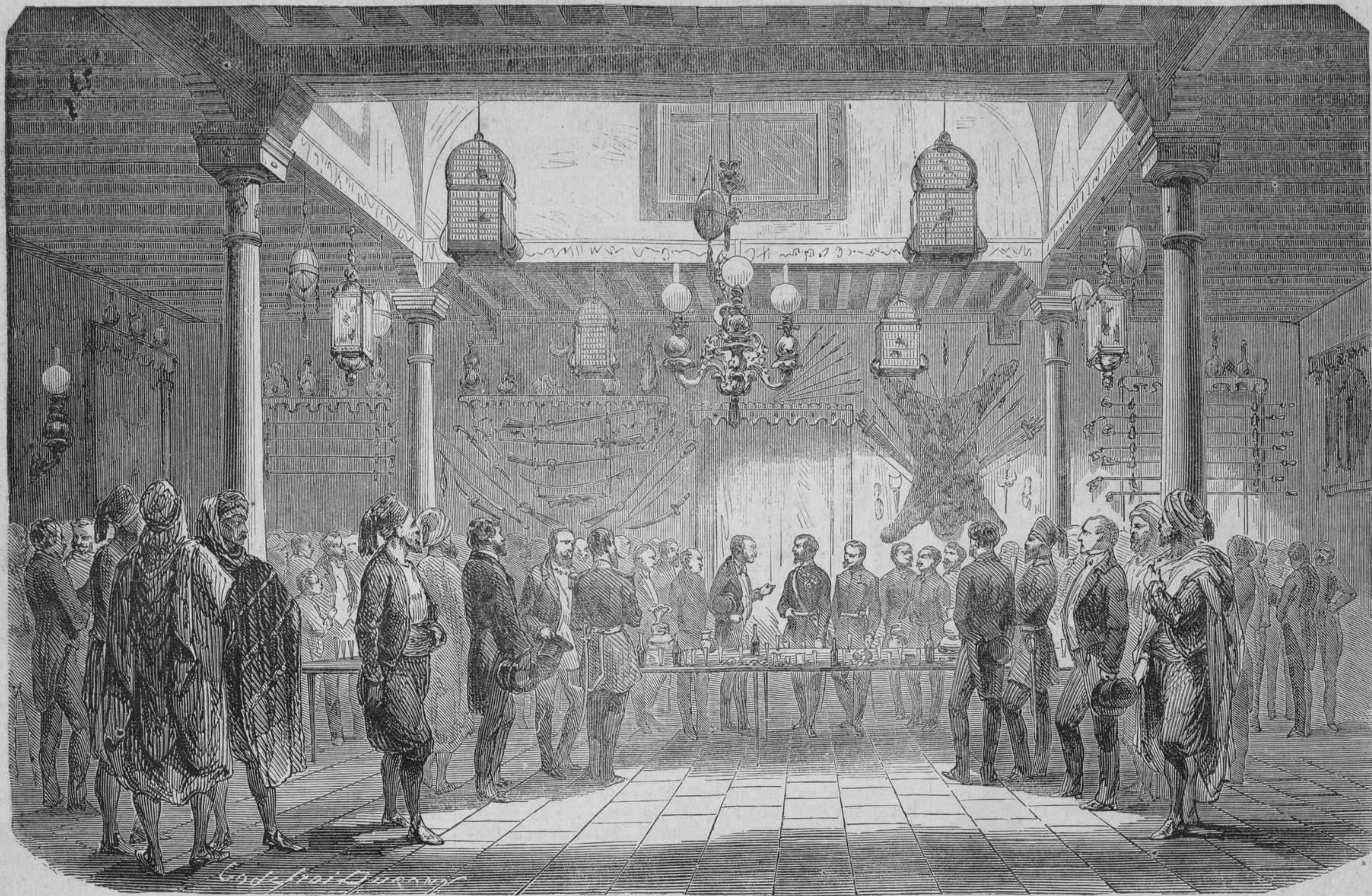
Proclamacion de las reformas otorgadas por S. A. el b-y de Tunes, el 9 de setiembre de 1857.

mado en los últimos acontecimientos, una espada rica- | cubierta espontáneamente por todos los miembros de | Esta demostracion forma el asunto del dibujo nú-  
 mente cincelada, adquirida mediante una suscripcion | la colonia. | mero 5.



Entrega del gran cordón de la Legion de Honor á S. A el bey de Tunes, por el encargado de negocios de Francia, el 3 de enero de 1858.





Los miembros de la colonia francesa, en Tunez, votando una espada de honor á M. Leon Roches.

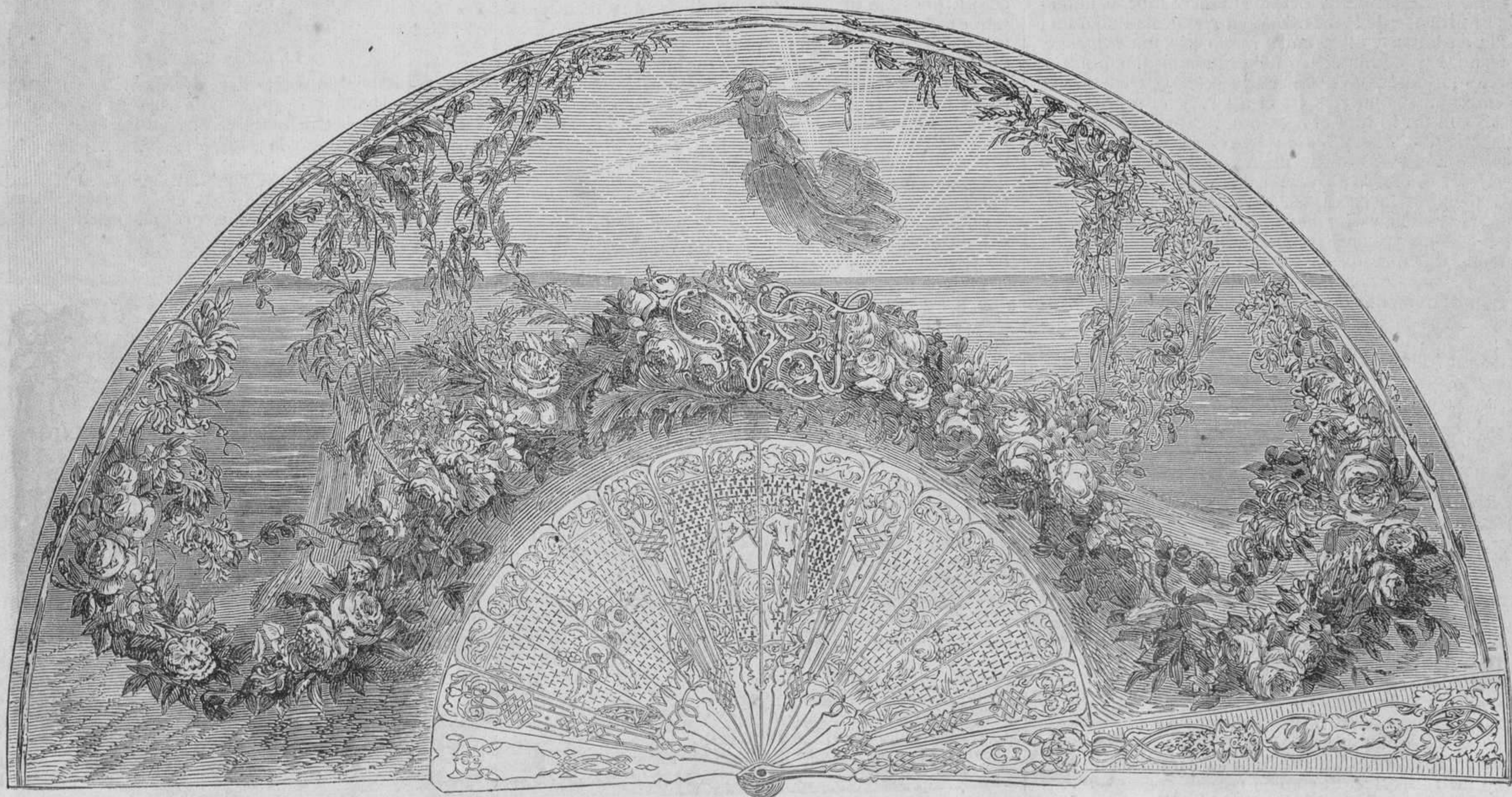
**Las bodas de la princesa real de Inglaterra.**

Hé aqui cómo describe una carta de Lóndres el casamiento de la princesa real de Inglaterra :

«El casamiento de la princesa real de Inglaterra con el príncipe Federico Guillermo de Prusia se celebró ayer, como se habia anunciado, en la capilla real del palacio de San James con gran pompa y esplendor. Aunque el tiempo era extremadamente frio, la multitud que acudió al parque donde se hallan situados el palacio de Buckingham y el de San James, fué inmensa. Las esperan-

zas del pueblo fueron sin embargo defraudadas, pues solo pudo obtener una ojeada fugitiva de los carruajes de Estado que condujeron la real pareja y sus respectivas comitivas del uno al otro alcázar. Un destacamento de la guardia y algunos agentes de policia conservaron despejada la línea por donde debian pasar. Como á eso de las doce del dia la desposada con toda su comitiva salió del palacio de Buckingham. La comitiva se componia de mas de 20 carruajes de Estado. En primera línea se veia la princesa de Prusia, el duque de Sajonia Coburgo, el príncipe Federico Carlos, Federico Alberto y Adalberto de Prusia, el príncipe de Hohenzollern Sigma-

ringen; el duque de Brabante, el conde de Flandes, cada uno con su servidumbre. Despues venia el príncipe Federico Guillermo de Prusia, en carruaje de Estado, escoltado por un destacamento de caballeria. Una magnífica carroza tirada por caballos perlas seguia conduciendo á la reina Victoria y á la princesa real. En los otros coches se veia el príncipe consorte, el príncipe de Gales y los demás miembros de la familia real. Un fuerte destacamento de caballeria cerraba la marcha. El público recibió con grandes y entusiastas aclamaciones, lo mismo á la familia real inglesa que al jóven y apuesto príncipe que debe ceñirse un dia la corona del gran Federico.



El abanico de la princesa Victoria Adelaida de Inglaterra.



El palacio de San James es un vetusto edificio sin mérito ni interés arquitectónico para los que están acostumbrados á admirar los palacios reales del continente. Su aspecto es pobre y sucio, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho para adornarle, es probable que haya producido el más desfavorable efecto en el ánimo de los ilustres huéspedes que le han visitado en esta ocasión.

Su decoración es, sin embargo, de un gusto exquisito. El oro, la púrpura, el terciopelo y las flores se han prodigado en abundancia. Doseles, guirnalda de flores y los colores de Inglaterra y Prusia se veían entrelazados por todas partes. La reina Victoria fué recibida por los grandes dignatarios del Estado. La comitiva se detuvo en el salón del trono, en medio del cual se veía una mesa cubierta con un paño de terciopelo encarnado, destinada á recibir las firmas en el registro del matrimonio de las augustas partes contratantes. En todos los puntos del palacio en que había podido erigirse una galería ó colocar una silla para ver pasar la procesion, se había hecho; no obstante el número de los que tuvieron esta dicha fué sumamente escaso. La mayor parte de los espectadores se componía de las señoras de la opulenta aristocracia inglesa. El efecto de esta colección de bellas y tempranas rosas, en traje de corte, cubiertas de diamantes y plumas, mas fascinatoras aun por sus encantos naturales que por sus ricos tocados, es indescriptible. Los hombres estaban casi todos vestidos de uniforme. Las comitivas de S. M. la reina, la desposada y el príncipe de Prusia entraron sucesivamente en la capilla real. Una suave é interesante palidez cubria la mejilla de la bella princesa que caminaba al altar con paso trémulo y los ojos bajos, apoyada en el brazo del rey de Prusia, y su padre el príncipe consorte. Ocho doncellas, amigas personales de la desposada y descendientes todas de familias reales de Escocia é Inglaterra, suspendían el manto de la princesa. El vestido que llevaba esta era de muré blanco con tres volantes de encaje entrelazado de guirnalda de azahar. A la izquierda del altar se veía á la reina Victoria sentada en su trono en medio de sus cinco hijos. A la derecha de la reina lord Palmerston, que llevaba con extraordinaria solemnidad la espada del Estado. Las miradas del auditorio se fijaban en este veterano de la política. A la izquierda de S. M. se hallaba la duquesa de Sutherland, camarista mayor, con un traje de corte que rivalizaba en magnificencia con el de la reina.

En el lado opuesto del altar se hallaba la princesa de Prusia, la cual vestía un traje de raso blanco. Su manto iba sostenido por la condesa Hacke. El príncipe Adalberto y el príncipe Federico Carlos con un brillante séquito de oficiales prusianos la acompañaban. Junto á la reina Victoria estaba de pié el joven príncipe de Prusia acompañado de su padre el príncipe de Prusia y su hermano el príncipe Alberto. Estaba vestido con el uniforme de oficial prusiano. Su estatura esbelta, la franca expresion de su fisonomía y sus distinguidas maneras le han conquistado las simpatías de todos los concurrentes. Además de los ilustres personajes mencionados, se veían en la capilla real el duque de Cambridge, la duquesa de Cambridge, la duquesa de Kent, los ministros, el cuerpo diplomático, y todo lo que hay de mas rico y poderoso entre la aristocracia de este reino, que es aun la mas grande de la tierra por su riqueza, su ilustracion y su patriotismo.

Al llegar la desposada al altar se detuvo é hizo una profunda reverencia á su madre. Su agitacion en este momento era visible. Su rostro se cubrió súbitamente de arrebol. Despues se volvió y rindió el mismo homenaje al príncipe de Prusia. Este en respuesta dobló una rodilla en tierra y estrechó su mano con una expresion de ternura y admiracion que conmovió al auditorio. Despues los desposados con sus respectivos parientes se colocaron en sus puestos en el altar, y el servicio comenzó con un himno al Altísimo. Acabado esto, el arzobispo de Cantorbery se colocó en el centro del altar. El obispo de Londres, el dean de la capilla real, el obispo de Oxford, el obispo de Chester, el dean de Windsor y otros prelados lo acompañaban. Terminado el ritual, hecha la oracion y cantado el salmo de costumbre, los recién casados y su acompañamiento pasaron al salón del trono á firmar el documento matrimonial. Un número inmenso de personajes ilustres tuvieron esta honra. Inmediatamente despues de los jóvenes esposos escribieron sus nombres en el órden siguiente sus familias:

Victoria (reina de Inglaterra).  
Alberto, príncipe consorte.  
Príncipe de Prusia (actual regente).  
Augusta, princesa de Prusia, duquesa de Sajonia.  
Leopoldo (rey de Bélgica).  
Victoria.  
Alberto Eduardo.  
Alfredo.  
Alicia.  
Augusta.  
Jorge.  
María Adelaida.

En seguida se sirvió un suntuoso banquete.

A las cinco de la tarde del mismo día los recién casados marcharon en un tren especial para la real residencia de Windsor, donde fueron recibidos con un entusiasmo extraordinario por el pueblo.

Por la noche la reina Victoria dió un magnífico concierto en el palacio de Buckingham, en el cual figuraron todas las notabilidades filarmónicas que se hallan actualmente en esta. La orquesta se componía de mas de 200 instrumentos. El coro de mas de 100 voces. Piezas escogidas de Handel, Mozart, Haydn, Beethoven,

Meyerbeer, Mendelssohn y otros compositores ilustres se ejecutaron en él. Todos los ilustres huéspedes, la aristocracia, el cuerpo diplomático, los altos dignatarios, las notabilidades políticas y literarias del país asistieron á este concierto de Estado. La iluminacion en Londres durante la misma noche era brillantísima y verdaderamente espontánea. Por todas partes se veían estrellas formadas de gas, coronas con las iniciales de los jóvenes esposos, y otra multitud de figuras y emblemas alusivos á la ocasion, con los colores de Prusia é Inglaterra entrelazados. La noche, aunque fria, era clara y apacible, y el pueblo, que habia holgado en el día, circulaba por las calles en esas inmensas corrientes que solo pueden observarse en esta capital que posee las calles mas espaciosas de Europa, y que está poblada por tres millones de habitantes.

En nuestro número 236 hemos publicado los retratos de los novios, y en la página anterior damos hoy una obra de arte ejecutada en Paris con un talento admirable por M. E. Roberto, á saber: el abanico de la novia.

El asunto representa en primer término los peñascos de la Inglaterra: la Aurora indica con la mano derecha la tierra lejana de Prusia, y en la izquierda tiene dos estrellas reunidas con anillos: la union de ambos destinos. El sol se alza en el horizonte. En el centro se ven las iniciales de la princesa y del príncipe rodeadas de flores, la rosa, el cardo y el trébol, símbolo de los tres reinos unidos.

En el otro lado del abanico están pintadas las armas de Prusia y de Inglaterra sobre un fondo trabajado como el de los miales antiguos.

## REDENCION.

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

(Continuacion.)

MAGDALENA, arrancándole la carta y leyendo.

« Conde Juan, mi querido primo: El tiempo urge, y tengo que escribiros muy de prisa esta carta, cuando desearia meditar profundamente cada línea de ella. Desde hace dos años no nos vemos, y á la verdad no sé quién es el hombre á quien me dirijo. Conde Juan, os suplico que sea este hombre aquel que conocí hace tres años á la cabecera de un lecho mortuorio, aquel con quien he vivido, pensado y sufrido durante dos meses con mi mano en su mano, y en el fondo de las soledades. Pongo mi carta bajo la invocacion de estos recuerdos, pidiendo á Dios que se hallen presentes á vuestra memoria.

» Me he podido explicar mi antipatia por vuestra actriz favorita; era un presentimiento. En Viena se repite que cenais esta noche en su casa con tres de vuestros amigos, y que ella debe elegir á uno de vosotros por amante. Sed dichoso, conde; á vos elaxirá, no solo porque sois el mas rico, sino porque sois bueno, y teneis mas alma y mas inteligencia que los otros tres juntos, porque el gusano muerde siempre con su boca ponzoñosa el mejor fruto del árbol, porque ese es el instinto feroz de esas criaturas.

» En otro tiempo me dijisteis que en cualquier peligro, por grave que fuese, no querriais aconsejaros sino de mí, pues me juzgábais de un juicio muy recto y de una experiencia muy superior á mis años. Os recuerdo esta palabra; ha llegado el peligro, y el consejo es este: Conozco á Magdalena; es el tipo completo de esas mujeres que toda mi vida he estudiado con espanto; resume en sí todas sus seducciones y sus perversidades, que lleva hasta el extremo. La conozco por una casualidad; pude examinar á descubierto, bajo ese velo de juventud y de gracia, el cerebro decéptico y el corazón petrificado de un anciano que habria llevado una mala vida.

» No os digo que os arruinará, porque esto es sabido, si bien es cierto que su hermosura vale tres millones. Os digo sí que en cuanto dejéis á ese vampiro aplicar sus labios helados sobre vuestro seno, no os soltará sin que haya extraído y marchitado todos los dones que Dios ha derramado en él abundantemente; no os soltará sin haberle dejado vacío y desierto como se halla el suyo.

» Conde Juan, yo tengo la culpa de nuestro alejamiento; mi pobreza relativa no me permitía seguir en vuestro torbellino. Es la primera vez que he deplorado mi pobreza, pues á nadie si no á vos he tenido amistad en este mundo; me habia unido á vos con entusiasmo, como á un antiguo caballero lleno de generosidad, de franqueza, de brillo y de ternura; amaba vuestras virtudes y adoraba vuestros defectos. Cuando pienso en lo que sois y en lo que sereis al salir de las manos de esa mujer, cuando pienso en todos los gérmenes de felicidad, de dignidad y de porvenir que un capricho voluptuoso va á sofocar en vos, experimento un dolor que es mas fuerte que mi temor de ofenderos. Os envío, pues, esta carta, asegurándoos que ningún deber de amistad, ningún sacrificio le costó jamás á un amigo lo que á mí me cuesta esta ofensa. Adios.

» MAURICIO. »

EL CONDE JUAN.

¿Qué os parece?

MAGDALENA.

Ese hombre está loco ó celoso; ¿qué vais á hacer?

EL CONDE JUAN.

Encerrarle si está loco, y matarle si no lo está.

MAGDALENA, poniéndose á escribir.

No, traédmele á cenar; yo me encargo de convertirle ó de vengarme. Mandad que le lleven esta esquila.

EL CONDE JUAN, riendo.

¿Y pensais que vendrá?

MAGDALENA, encogiéndose de hombros.

¿Pues no ha de venir?

(El conde Juan sale riendo.)

## EN CASA DE MAGDALENA.

Una sala resplandeciente de luces; una mesa ricamente servida y cargada de flores.

MAGDALENA, ROSITA, BERTA (niña de ocho años); el conde JUAN, el príncipe ERLOFF, el duque de ESTIVAL, lord SHEFIELD. (Principian á cenar.)

MAGDALENA. (A Sheffield.)

Gracias, milor; se lo diré á mi cocinero. (A Erloff.) Sí, príncipe, son alondras... ó ruiseñores, no lo sé de cierto, pero seguramente volaban en vida. — Conde Juan, creo que os olvidais de Rosita.

EL CONDE JUAN.

Os equivocais, pero no sé lo que tiene Rosita... lanza suspiros en vez de comer tranquilamente y mucho, como de costumbre... ¿Qué quiere decir eso, Rosita?

ROSITA.

He querido tragar una cosa que se me ha quedado en la garganta... ¡Dios mio!... ¡me ahogo!... ¡ay!... ¡ya pasó!

EL CONDE JUAN.

Me alegro... me habeis dado un buen susto... pero en fin, habiendo pasado ya, callemos.

MAGDALENA.

¿Quién está ahí oculto detrás de esa colina de flores sin decir una palabra? ¡Ah! Es Estival... ¿qué decís de nuevo, amigo mio?

ESTIVAL.

Nada; que como bien porque tengo un apetito extraordinario.

MAGDALENA.

Es el amor, duque... os recomiendo á Berta, vuestra vecinita.

ESTIVAL.

¿Qué niña tan bonita, con sus ojos del color del mar! ¿es hija vuestra, Rosita?

ROSITA, con gravedad.

Sí, señor duque; es decir, así lo creo, pues no hay seguridad en estas cosas; los hombres son muy traidores. (Risas.)

SHEFIELD.

¡Oh!

EL CONDE JUAN.

Razon teneis en desconfiar, Rosita... Yo conocí una mujer que tenia una niña de la que creyó ser madre hasta la edad de cincuenta años... y luego una mañana, ¡paff! descubre que la madre era otra... ¿que os parece?

ROSITA.

Si á mí me sucediese una cosa igual me moriria.

ESTIVAL.

Ya lo creo. Bebed un poco para abogar tales ideas. — Conde Juan, ahora que me acuerdo, ¿y vuestro primo?

EL CONDE JUAN.

Ya dije que no vendria.

MAGDALENA.

Si no viene despues que yo me tomé el trabajo de escribirle con mi blanca mano, será que es un grosero.

ERLOFF.

¿Porqué, mi querido conde, sacais siempre á relucir á semejante primo? Yo no le he visto mas que una vez, y os aseguro que me disgustó en extremo... ¿Qué dijo que me chocó tanto?... Esperad...

MAGDALENA.

Todo eso nos importa poco, mi querido príncipe... Ante todo no permito que nadie intervenga en mi contienda con ese joven salvaje; deseo encargarme sola de su educacion... y para principiar le he señalado un puesto junto á la pequeña Berta; supongo que al hallar en mi casa á la inocencia, aunque no le haré tirar algunas carretillas y adivinar algunos acertijos, me devolverá la estimacion que me quita.

(Un criado anuncia á Mauricio Erckler.)

MAGDALENA.

¡Bravo! Ha venido. ¡Que entre!



EL CONDE JUAN.

Os suplico, Magdalena, que tengais un poco de misericordia.

MAGDALENA.

Muy bien, muy bien, conde Juan... voy á celebrar su entrada... Señores, el vaso en la mano. (*Se levanta. Entra Mauricio*) ¡Ah!... (*Reconociendo á Mauricio se vuelve á sentar lentamente sin añadir una palabra. Todos los convidados la miran con sorpresa.*)

MAURICIO.

Mil perdones, señorita; he recibido un poco tarde vuestra invitacion, y no sé cómo agradecer un favor con que no debía contar por ningun estilo.

MAGDALENA.

Caballero, ha sido el conde Juan... pero sentaos.

(*Mauricio se sienta entre Berta y Sheffield.*)

EL CONDE JUAN.

¿Os poneis mala, Magdalena?

MAGDALENA, riendo.

¿Mala yo? ¡Miradme frente á frente!

EL CONDE JUAN.

Apuesto á que os ha sucedido algo.

MAGDALENA.

Algo es poco decir... me aplasta tres dedos del pié con el palo de la silla, y me pregunta si me ha sucedido algo... Nada, conde Juan... ¿Y vos, estais herido? Comprendo, comprendo vuestra pantomima... no lo habeis hecho de intento... Tanto mejor... ¿quereis hacer plato á vuestro primo?... Mauricio, ¿no es verdad que Berta es muy bonita?

ROSITA.

Debeis poner unos paños de agua y sal.

MAGDALENA.

Ahora tengo tiempo para eso... ¿Cómo! ¿Ya estamos en confidencias con la niña?... ¿qué os dice al oido?

MAURICIO, riendo.

Me dice que teneis el proyecto de hacernos tirar carretillas á los dos, idea que la divierte mucho y á mi tambien. Tirar carretillas con las señoritas bebiendo vino de Champaña es mi placer favorito, y os agradezco que lo hayais adivinado.

MAGDALENA.

Os juro que ha sido el conde Juan...

EL CONDE JUAN.

¡Qué diantre, Magdalena! De todo tiene la culpa el conde Juan...

MAGDALENA.

No me interrumpais, aplastadme otros cuantos dedos, pero sin interrumpirme... Es extraño, á fe mia, que porque hayais arrancado de vuestros vergeles algunas raices que han lastimado los cascos de mis caballos esta noche, os creais con derecho para interrumpirme y destrozarme los piés... Ea, conde Juan, dadme la mano... hablo de broma... (*Se reclina en su silla.*) ¡Qué cansada estoy!... ¡Cuántas palabras inútiles he dicho en mi vida!... Lo que me consuela es que no soy la única... No os deis por aludido, Estival... ¡pero es triste pensar que si se pudiera recoger y machacar en un mortero todo lo que decimos en los seis años largos que somos amigos, no se sacaría una idea!... ¡ni la sombra de una idea!... ¿Si seremos tontos, amigos míos? A propósito, ¿quién es el que cree por aquí en la inmortalidad del alma? ¿Me atreveria á pedir vuestra opinion, príncipe Erloff, en tan grave asunto?

ERLOFF.

Una hermosa batalla y una hermosa mujer son dos cosas hermosas.

MAGDALENA.

Príncipe, sois un espadon sin moralidad. Y vos, milor, ¿teneis alguna idea digna de ser emitida en público?

SHEFFIELD.

¡Oh! espero.

MAGDALENA.

Profundo como el sepulcro; y ¿el duque?

ESTIVAL.

Yo creo mucho en el cielo cuando me sonreis, y en el infierno cuando sonreis al conde Juan.

MAGDALENA.

Que abran las ventanas; este pícaro francés trae perfumes... Señores, no brillais por la inteligencia. Os doy en un salon caliente una cena régia, os regalo en abundancia rubies y diamantes fundidos al calor de los soles mas generosos del mundo, uno á esto mi presencia y la esperanza de mi amor, ¡y no hay uno entre vosotros cuyo pensamiento se derrame en alguna extravagancia digna de la atmósfera ideal en que os coloco!... Me preguntais el nombre de los platos, la fecha que tienen los vinos, y repetis algunos madrigales vulgares ó algunos epigramas sin gracia... Por poco mas, hablareis de la renta y de los caminos de hierro. ¿Qué os impide pues el mostraros sublimes ó á lo menos absurdos? ¿Qué respeto os contiene? ¿De qué os sirve estar aquí y no en vuestros salones? ¿Os incomoda la pre-

sencia de esta niña? ¿Entre la vulgaridad y la groseria nada acertais á ver? ¿Así me pagais el que os abra á mi riesgo y peligro, casi á mi vergüenza, una arena libre despues de haber hollado á los piés todas las preocupaciones de vuestro mundo imperioso?... Que no me interrumpa nadie, señores, estoy de cena. — Digo que si no mostrais á mi lado mas razon ó mas locura que al lado de vuestras señoras esposas, concluyo que yo hago mal en ser una cortesana, y que debo convertirme en un modelo de las virtudes dramáticas... Se sabe muy bien lo que pierdo, y no veo con claridad lo que salgo ganando. ¿Me queda siquiera el placer y la gloria de dar vuelo á vuestras inteligencias cautivas? Probádmelo pues. Tu emperador no está aquí, Erloff... pues ya sé que le temes á pesar de tu sable tremendo... Sheffield, Estival, conde Juan, vuestros nobles colegas, vuestras nobles familias, vuestros amos y vuestros esclavos están lejos de aquí... aprovechad la ocasion, lanzaos en la burla ó en la elocuencia... dadme razon contra la sociedad y ganad vuestras espuelas de caballeros.

EL CONDE JUAN.

Hija mia, ¿no se os ha desprendido vuestra lengua?

MAGDALENA.

No me llames hija mia, conde Juan, eres tú el chiquillo. (*Se rie á carcajadas.*) ¿Qué aire tan espantado tienen todos?... Vamos, tranquilizaos, amigos míos, sois hombres de mucho entendimiento... pero el caso es que al cabo y al fin esto no divierte... El círculo es estrecho... en él estamos dando vueltas hace muchos años y seguiremos así hasta la sepultura... ¡y á esto llaman vivir!... Lord Sheffield ¿quiere vuestra señoría hacerme el honor de envenenarse conmigo?...

SHEFFIELD.

No, porque si aceptara lo haria y no quiero hacerlo... Sin embargo, ¿quién de los dos se hallaria en mayor apuro si os cogiera la palabra?

MAGDALENA.

Vos, milor, porque suplicaria á vuestra gracia que comenzara, y aquí tengo para matar un escuadron, hombres y caballos. (*Muestra el pomito de Zufara.*)

SHEFFIELD.

Veamos. (*Alarga la mano y toma el pomito.*)

MAURICIO.

¿Me permitis, milor? Entiendo un poco de química y quisiera saber... (*Al tomar el pomito de manos de Sheffield le deja caer al suelo.*) ¡Ay!...

MAGDALENA.

Huyamos de aquí; si se rompió somos perdidos. (*Rosita se levanta gritando.*)

MAURICIO.

¿Adónde ha ido?... ¡Ah! está aquí y ha quedado intacto desgraciadamente. (*Recoge el pomito y se le devuelve á Magdalena.*) Os confieso que le habia dejado caer con intencion... prometiéndome que se romperia... Da lástima ver en tan hermosas manos un veneno tan activo!

MAGDALENA.

Muchas gracias; celebró infinito esta causa que os arrebató á la conversacion de la niña para tomar parte en la nuestra.

ERLOFF.

Berta, ¿con que hemos hallado un marido?... No es mal aguinaldo.

BERTA, á Mauricio.

¿Porqué él es príncipe y no lo eres tú?... A mí me pareces mas hermoso.

ROSITA.

¡Qué tonta es mi hija!

EL CONDE JUAN.

Cuidado, Rosita; segun marchan las cosas, mi primo Mauricio podria llevaros la niña; os advierto que es capaz de hacerlo.

MAURICIO.

¡Conde Juan!

MAGDALENA.

¿Qué significa esto?

EL CONDE JUAN.

Es muy sencillo; pedis una extravagancia y Mauricio tiene una dispuesta... Vamos, querido primo, no os enfadeis... habeis descuidado mucho á las señoras hasta este momento... las debeis una reparacion, y me permitireis que les cuente la anécdota.

MAURICIO, con gravedad.

Conde Juan, os suplico...

MAGDALENA.

Hablad conde, os escucho.

EL CONDE JUAN.

Una noche mi primo Mauricio paseándose melancólicamente bajo las sombras del Prater, oyó de repente unos sollozos al pié de un árbol... Mauricio se dijo: ¡Sollozos al pié de un árbol! ¿Esto es cosa de novelas!... Un viajero pasa por un bosque... una mujer hermosa todavia, á pesar de su palidez, estaba atada al tronco de un álamo... y al rededor habia una cuadrilla de bandidos... Inflamado por estos recuerdos Mauricio se aproxima;

ma; ¿qué digo? se lanza, vuela... ¿No es verdad que fué así, querido primo?

MAURICIO.

Asi mismo.

EL CONDE JUAN.

Al pié de un árbol habia un envoltorio que lloraba; Mauricio le interroga... (ya se habrá adivinado que era un niño); la criatura declara pertenecer al sexo femenino y á unos padres que juzgaron conveniente abandonarle sobre la via pública... Mauricio naturalmente maldice á los padres y bendice á la niña, la toma de la mano y marchan juntos. No los seguiremos por entre el laberinto de las calles de Viena; os bastará saber que desde hace algun tiempo mi primo tiene aficion á los chiquillos como yo á las cotorras, y andaba buscando los medios de formarse una familia, de modo que la suerte le habia favorecido. En suma, despues de haber oido el parecer de un burgomaestre, y despues de haber hecho lavar á la niña, la adoptó, la bautizó con el dulce nombre de Margarita, y la enseñó el alfabeto y la música. Tres años hace ya de esto; la niña tendrá unos nueve. Dentro de algunos años mas, como Margarita no es fea ni tonta, Mauricio, que la habrá formado á su modo, querrá casarse con ella, y entonces ella se escapará con un aprendiz de peluquero.

ESTIVAL, un poco alegre.

¡Brindo al inocente Mauricio!

MAGDALENA.

Mauricio, creed á una mujer que ha hecho todos sus estudios, cuidado con el desenlace que vaticina el conde Juan.

MAURICIO.

El conde y yo nos hemos perdido de vista hace dos años, por manera que no sabe él el fin de la historia.

MAGDALENA, elevando la voz.

¡El fin de la historia!... Silencio todo el mundo; hé aquí la segunda parte de Mauricio y Margarita! (*Se pone de codos sobre la mesa con la cabeza en las manos.*) Adelante, jóvenes.

MAURICIO.

Pero es que no tengo yo intenciones de contar...

MAGDALENA.

Pero yo tengo intenciones de oír... venga el fin de la historia, ó rompo todos los cacharros de la mesa... Adelante, jóvenes.

MAURICIO.

En hora buena; pero os advierto que no me echeis á mí la culpa si la relacion tiene tan poco interés como es intempestiva. Mi noble pariente ha dicho la verdad, segun su costumbre; pero yo proseguí la aventura, cuya ridiculez no me disimulo en el día, mas por enojo que por generosidad. Tenia entonces veinticinco años; el primer ardor de la juventud estaba amortiguado, y experimentaba ese cansancio que es como una suspension en medio de la juventud, y que marca la transición del atolondramiento al vicio.

EL CONDE JUAN.

Aprovechaos, Rosita.

ERLOFF.

Me gusta, me gusta.

MAURICIO, riendo.

Señores, dejadme contar á mi manera, ó no acabaré hasta mañana. Me hallaba como todo hombre que piensa en ese periodo de la vida, un poco desengañado de lo que llaman placer, y muy atraído por un orden de ilusiones opuesto, por caprichos de felicidad tranquila, patriarcal, si quereis; — en suma, pensaba en casarme, cuando el encuentro de la niña vino á cambiar el rumbo de mis ideas.

ERLOFF.

¡Diablo! Creo que volveis atrás en la relacion...

MAURICIO.

Efectivamente.

MAGDALENA.

Mauricio, no hagais caso, el príncipe está en las viñas...

MAURICIO.

Bajo el envoltorio de que os habló el conde Juan hallé una niña de ojos negros, de rasgos delicados, de hermosa frente, pero con un aire de miseria que daba lástima. Cuando la ví mejor, me quedé sorprendido al notar la disposicion inteligente que resplandecia en aquella frente, apenas desarrollada y pálida ya. Sus padres, me dijo, eran unos mendigos errantes que debian haber salido de Viena en aquella mañana. Os confieso que al punto ví el plan de una novela. La pregunté si queria que fuese yo su padre; ella enjugó sus ojos, se levantó, y me siguió tranquilamente. Aquella misma noche tomé en mi casa una antigua doncella de mi madre para que me ayudara en mis proyectos de educacion. Despues de haberme aconsejado vanamente que llevara la niña á un hospicio, se resignó, y pocos dias despues hablándola yo de poner á Margarita en un colegio, la buena mujer me llamó hombre sin corazon, y me dijo que era indigno del regalo que Dios me habia hecho.

(Se continuará.)



### La ciudad de Tien-sing (residencia celeste) en el rio de Pe-king.

La ciudad de *Tien-sing* adquirirá mucha celebridad europea en la guerra ó en la paz con las potencias cesosas del comercio de la China.

En esta ciudad fué recibido en nombre del emperador del Celeste Imperio hace sesenta años, lord Macartney, cuya embajada hizo época en Inglaterra, y aquí también en 1816 lord Amherst perdió el fruto de su viaje por las vanas discusiones que sostuvo con motivo del *kotheou*, sobre las prosternaciones que debían hacerse ante la tablilla símbolo de la majestad imperial, ó mejor dicho del poderío paternal del jefe de la China. — En esa ciudad serán recibidos los embajadores europeos, si el emperador *Suan-phin* se decide á recibir á los representantes de las naciones extranjeras en su capital, y por último en ella comenzarán las pompas de la recepción imperial.

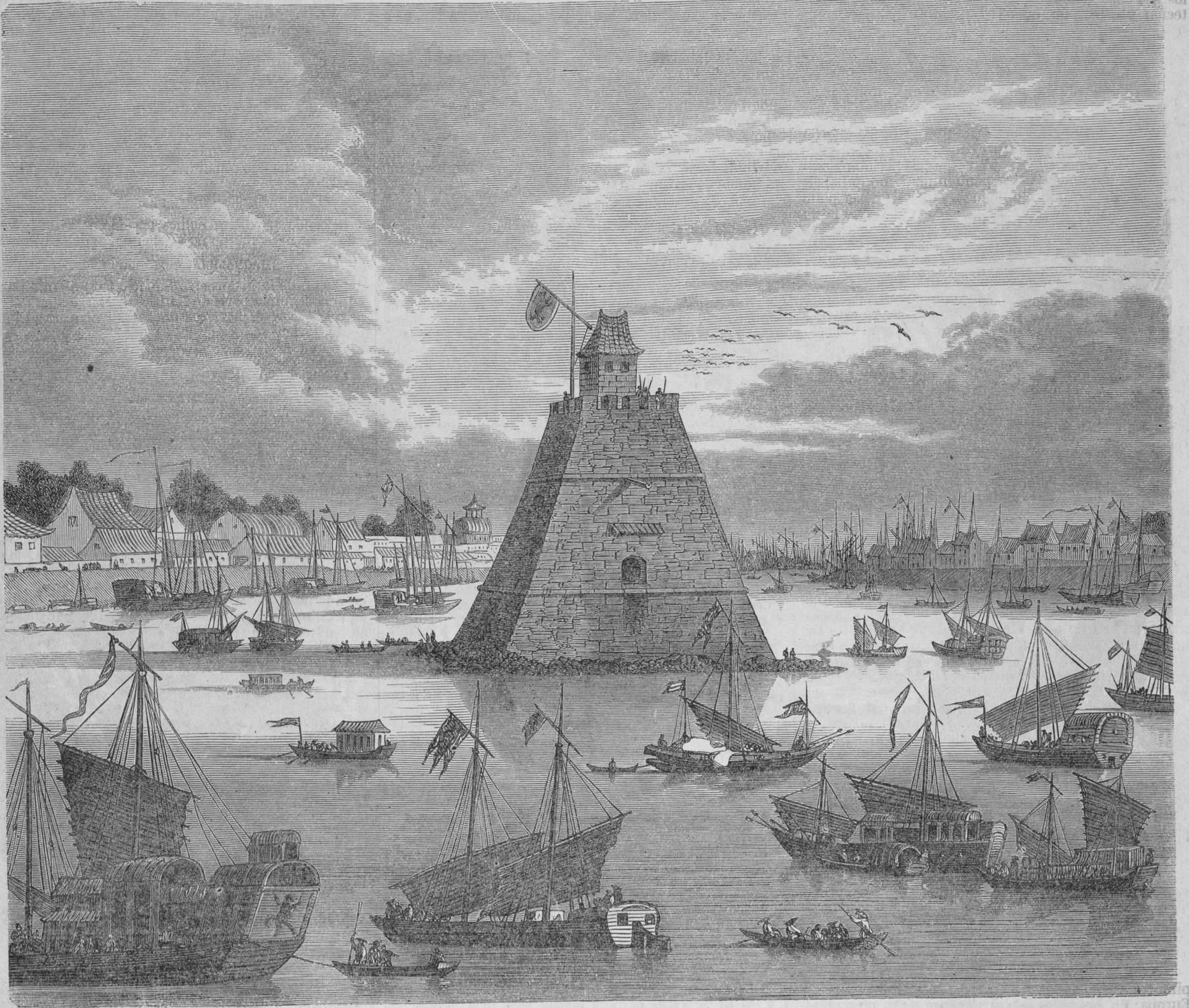
*Tien-sing* es una de las ciudades mas curiosas y mas importantes de la China, á causa de su comercio de tránsito, de sus riquezas industriales, de su gran población, de la extensión de sus murallas y de la variedad y número de las tropas que la vigilan interior y exteriormente. Se encuentran sobre la orilla izquierda del *Pei-ho* (rio blanco); la atraviesa el canal imperial cuyas aguas se mezclan con las del *Pei-ho* despues de correr seiscientas leguas, y está surcada por otros arroyos que aumentan el cauce del rio que va por mil sinuosidades de Pe-king al mar Amarillo.

En el siglo último la población de *Tien-sing* se calculaba en setecientas mil almas. No hay en el mundo un punto visitado por mas buques, si bien hay que tener en cuenta la capacidad y la diferencia entre los buques europeos y las embarcaciones chinas.

En *Tien-sing* se encuentran los almacenes mas grandes del imperio. Los recursos alimenticios de Pe-king y del Norte de la China, las mercancías de todos los pue-

blos manufactureros, y las de la Europa están acumuladas en sus muelles, donde van á descargarlas cerca de diez mil embarcaciones. Hay puentes en abundancia. Un palacio imperial ostenta sus columnas de madera con laca para recibir al hijo del cielo en las cortas apariciones que hace fuera de su capital.

Las calles de *Tien sing* contienen el conjunto mas curioso de vehículos y de trasportes que puede imaginarse en el mundo, desde el carruaje de vela hasta el palanquin que se pone sobre los camellos. Las calles del barrio del comercio ofrecen un espectáculo interesante por la variedad de los productos y las riquezas que incessantemente se presentan al ojo del viajero. El comercio y el concurso de tanto forastero han producido cierta relajación en la moralidad de los habitantes, y la ciudad tiene fama por las dulzuras y voluptuosidades que allí están en moda. Las grandes fortunas que se hacen fácilmente constituyen el desarrollo de esta corrupción. Se conocen las fuentes en que beben su felicidad



Tien-Sing, en el rio de Pe-king.

aquellos rostros adelgazados por el sensualismo mas estúpido al lado de todos los refinamientos de la mesa, y se ven correr literas elegantes con odaliscas que acuden de las ciudades mas famosas por la hermosura y los talentos, en dirección á las habitaciones suntuosas rodeadas de altas murallas ó hácia las casas de recreo esparcidas por el campo.

Si la guerra prevalece, *Tien-sing* ostentará grandes recursos estratégicos; sus millares de embarcaciones llevarán á popa esas redes destinadas á paralizar los abordajes enemigos y á cubrir con el obstáculo de sus murallas los esfuerzos de los que den el asalto. Sus murallas se guarnecerán de defensores, su fortaleza (véase el dibujo) semejante á un Kremlin tártaro en medio del rio, vomitará proyectiles asfixiantes de lo alto de sus troneras, en tanto que la caballería de los mongoles y mandjures cubrirá los campos próximos con sus escuadrones que tanto se parecen á las hordas de Timúr y de Gengis-Kan. Los gongs y los tantanes resonarán como un tañido fúnebre sobre el frente de todas las baterías del

rio y amotinarán á todas las poblaciones ribereñas contra los bárbaros extranjeros.

De *Ta-cu* (grande embocadura), porque esta ciudad se halla á la entrada del *Pei-ho*, hasta *Tien-sing*, hay 18 leguas; pero el rio describe muchos contornos y recela escollos en gran cantidad; en su embocadura solo tiene 13 piés de profundidad. Además, los chinos ingeniosos para inventar recursos defensivos, sembrarán sus orillas de sorpresas y de reductos, levantarán en la corriente obstáculos artificiales y opondrán á la navegación la arboladura de las embarcaciones echadas á pique, y esas balsas inmensas que unen con garfios de hierro á diques de granito.

Si se tomara *Tien-sing*, Pe-king no tardaría en sucumbir en medio de la desolación de la ciudad que es su almacén de artículos alimenticios. El hambre sería un auxiliar temible de un enemigo emprendedor. No solo *Tien-sing* alimenta á Pe-king, sino que también mantiene á las numerosas ciudadelas del *Pe-tche-si* (provincia de Pe-king); la inmensa población formada por

los cocheros y los marinos del *Pei-ho*, aumentaría el número de los desgraciados que haría la guerra, y el hambre no hace nunca enemigos muy terribles.

Todos esos marinos constituyen una de las grandes curiosidades del rio de Pe-king por su número, su fuerza atlética y su destreza especial en las maniobras, á cuyo beneficio hacen subir las embarcaciones de *Tien-sing* hasta *Tug-cheu-fu*, el puerto verdadero de Pe-king. Durante el día animan el paisaje por su multitud escalonada en pelotones sobre las orillas del rio, haciendo resonar el aire con la cadencia de su marcha, el acento de sus esfuerzos y los cantos con que acompañan sus tareas de acarrear por la orilla las embarcaciones. Estos cantos curiosos celebran las bellezas de *Tien-sing*, las maravillas naturales del rio que esparce la fecundidad en el territorio, y que cargado de buques que llevan á todas partes la abundancia, muestra á todos los ojos en medio de campos cubiertos de ricas cosechas, los brillantes colores de sus pabellones, en tanto que por la noche se ve iluminada con las linternas que cuelgan



de los mástiles; — los cantos se animan á la vista del espléndido panorama que presenta en el horizonte la cadena azulada de las montañas de la Tartaria, destacándose el magnífico torreón de la pagoda de Tug-cheu-fu que se ve á la distancia de cuatro leguas.

En Tug-cheu-fu se detienen todos los buques, pues el gobierno chino no ha querido que se abra un canal que habria permitido llegar á las embarcaciones hasta bajo los muros de Pe-king, porque ese canal habria arrebatao el trabajo á esa multitud de familias que viven con el transporte de las mercancías de Tug-cheu-fu á la capital.

Entre Tien-sing y Tug-cheu-fu ganan su vida los marineros y los acarreadores en el trabajo que presenta el rio, y entre Tug-cheu-fu y Pe-king se la ganan los cocheros y los arrieros.

Entre los chinos se honra mucho el trabajo y puede multiplicarse bajo las formas mas variadas; diríase que la inmensidad del trabajo humano crea y protege la inmensidad de la poblacion. El trabajo manual honra, y los príncipes tratan de distinguirse eligiendo una proteccion útil para las masas. Los chinos no tienen otro

medio de cambio que el oro y la plata en barra; la moneda menuda de cobre se reserva para las pequeñas necesidades. El lujo se limita en la China, pues el que le ostentara se cubriría de vergüenza. Los chinos viven en sociedad desde hace cinco mil años; fueron contemporáneos del poderío de los asirios y de los medos, del fasto de los persas, de las obras gigantescas de los egipcios y de la civilizacion de la Grecia y de Roma.

M. DE L.

### Cercanías de San Pedro de la Martinica.

#### EL JARDIN BOTÁNICO.

Entre los paseos de las inmediaciones de San Pedro, esa reina de las pequeñas Antillas, el mas agradable y pintoresco de todos, es sin contradiccion el Jardin Botánico.

Mucho se engañará el que por el nombre se figure un

jardin como los que se ven en Europa, donde todo presenta una uniformidad que cansa la vista y nada dice á la imaginacion; un jardin con calles de arena, con árboles muy recortados, regado por un rio microscópico, con grutas y promontorios artificiales, todo en miniatura.

Sin duda todo esto es muy bonito; pero; qué pobre y mezquina parece nuestra naturaleza europea cuando se ha tenido la buena fortuna de admirar la grandiosa naturaleza de los trópicos! En Europa todo tiene un límite; hasta el aire es escaso; todo presenta el sello de nuestra civilizacion invasora, á cuyo beneficio dentro de un par de años la Europa estará convertida en una fábrica inmensa.

Aquí por el contrario hay horizontes vastísimos, una vegetacion de una savia y de un lujo increíble; selvas vírgenes, llanuras que se pierden de vista, valles risueños, gargantas de una hermosura sombría, precipicios espantosos, en una palabra, aquí se admira la naturaleza primitiva bajo todos sus aspectos.

Pero ¡ay! en una época mas ó menos próxima el Nuevo Mundo perderá tambien su fisonomia tan original y



Nuevo Jardin Botánico en San Pedro de la Martinica.

pintoresca para convertirse en una repeticion de la vieja Europa. En breve las selvas vírgenes serán reemplazadas por ciudades; las inmensas llanuras tan imponentes en su soledad se verán convertidas en cañaverales de azúcar; los rios tan hermosos bajo sus verdes bóvedas, serán desviados de su curso para esparcirse por mil canales por los campos y fertilizar los plantíos de los hombres, ó serán dominio del vapor que los surcará continuamente; en una palabra, esas inmensas comarcas se civilizarán á su vez.

No hay duda que la civilizacion es una gran cosa; ha producido maravillas y producirá muchas mas; pero haciendo justicia á todas sus creaciones útiles y maravillosas, no se puede menos de sentir cierto dolor al pensar que dentro de algunos años ni el artista ni el poeta podrán inspirarse ya para sus obras de la naturaleza verdadera, sino de una naturaleza de convencion. En el dia todo se mira bajo el prisma del positivismo, y este espíritu amenaza invadir á toda la generacion presente. — Por fortuna existen aun algunos rincones de tierra donde la naturaleza ha permanecido tal como salió de manos del Criador, y conserva en todos sus esplendores su hermosura primitiva, á la cual el arte, disimulándose, no hace mas que añadir nuevos cantos.

Tal es el Jardin Botánico de San Pedro.

Para aquellos que no ven en un árbol mas que leña y en un torrente el agua propia para hacer andar las ruedas de un molino, para las personas, en fin, de espíritu positivo, este jardin botánico no ofrece nada de notable, y aun debe parecerles muy inferior á los jardines que ven todos los dias, en atencion á que en él no se encuentran ni estatuas de faunos ó de pastores, ni altos surtidores de agua, ni enramadas cortadas simétricamente, en fin, nada de lo que se llama bonito; pero para un amante de la verdadera naturaleza, para un espíritu poético, nada es comparable á los diferentes aspectos que presenta ese hermoso jardin.

Ante todo no se halla encerrado entre cuatro paredes. Sus límites son, aquí las aguas, ya serenas, ya alborotadas de un torrente; allí selvas donde jamás dejó su huella una planta humana; por una parte peñascos cuyo aspecto asusta, pues se hallan como suspendidos de un hilo, y no se comprende en realidad porque milagro de equilibrio se encuentran hace tanto tiempo inmóviles sobre su base. — Tales son sus límites.

Ahora en esos límites naturales se ven paisajes de una gracia y de una frescura incomparables; sitios de una belleza sombría y agreste, dignos del pincel de Salvator Rosa, y este contraste procura al espíritu las emociones mas diversas y profundas.

A cualquiera hora que se contemple este magnífico jardin ofrece seducciones siempre nuevas; pero para admirarle en todo su esplendor, es preciso ir á las seis de la mañana con los ojos bajos sin mirar á derecha é izquierda, hasta que desembocando por una calle se llega á la orilla del lago; aquí podeis levantar los ojos, y os quedareis deslumbrados con la magnificencia del cuadro que se presentará á vuestra vista. A vuestros piés hallais una fuente cuyas ondas hace chispear el sol como diamantes, y una porcion de islotes, inmensos castillos con mil flores, desde la rosa y la dalia de Europa hasta la magnolia blanca y azul de los trópicos; pero otros objetos llaman la atencion; á las orillas del lago desembocan hermosas alamedas que corren tortuosas y se confunden con las selvas que rodean el jardin, mientras que otras bajan insensiblemente hasta perderse en una oscuridad completa. A lo lejos por cualquiera parte que volvais la vista no veis mas que una enramada espesa que limita el horizonte.

Pero; qué vegetacion!; qué árboles!; qué variedad de plantas! La naturaleza parece haber agotado sus tesoros para adornar esta tierra de predileccion; aquí se extiende á la orilla del rio una larga avenida de esas elegantes palmeras de que ha hecho un tipo la galanteria oriental; allí se apiñan los mangos y los cocoteros,



el cactus gigantesco, etc., etc; mas allá el flexible bambu se columpia sobre un precipicio; las enredaderas se cruzan por entre los árboles desde la raíz hasta la copa, haciendo mas intrincada la espesura.

El sol saliente presta un encanto mágico á esta escena admirable, haciendo resplandecer con un brillo deslumbrador la fuente que aparece como una vasta sabana de plata en donde resaltan mil colores producidos por los rayos del sol que se quiebran en las flores, y para animar el paisaje el colibrí y el pájaro mosca revolotean de planta en planta. El ruiseñor saluda al sol con sus cánticos, y á cada paso que se anda corren y se ocultan bajo las hojas una multitud de pequeños lagartos de todos colores; por último, en tanto que á vuestro lado todo brilla con los rayos del sol, la gota de rocío resplandece como una perla líquida en las hojas, y las montañas que dominan el jardín proyectan sobre los objetos mas lejanos una sombra inmensa que los sumerge en una oscuridad misteriosa.

Después de haber admirado las orillas del lago, se penetra por una de las alamedas, y á medida que se adelanta se va oyendo cada vez mayor, hasta que al fin os encontráis enfrente de un salto de agua que se precipita de una altura de treinta piés en un vasto estanque de donde pasa á un barranco profundo; — es la cascada.

Hasta ahora la mano del hombre, aunque hábilmente disimulada, ha aparecido de tiempo en tiempo, no en la disposición general del jardín, de que la naturaleza sola se encargó, sino en algunos detalles; pero si os gustan los horrores naturales y no teneis mucho miedo á las serpientes, — que no abundan tanto como se dice, — al dejar la cascada aventurados por un sendero casi cubierto de yerba, y después de dar algunos pasos os encontraréis en el *Agujero de las Serpientes*.

No se puede escribir lo que se siente á la vista de este paisaje; es una mezcla de admiración, de espanto, de aislamiento que sumerge el alma en una melancolía profunda; allí se encuentra uno como perdido á mil leguas de toda comunicación con los hombres; el ruido de los pasos, el sonido de las voces hacen estremecer. Es una soledad de una calma, de una majestad indecibles, pero que causa la admiración para dar lugar á un miedo vago; en una palabra, es un horror sublime. Ahora bien, el espíritu se fatiga pronto de las bellezas de este género, y se desvia para reposar con el espectáculo de una naturaleza mas risueña y graciosa.

La disposición del paisaje es aquí casi la misma que en la cascada; por ambos lados se encuentra un salto de agua que corre por el fondo de una garganta, con altos peñascos coronados de árboles gigantes. ¿Porqué en el Agujero de las Serpientes se experimentan sentimientos que no hace experimentar el aspecto de la cascada? — Es porque aquí se conoce el arte; se llega por una alameda bien cuidada; las aguas caen en un pilón construido por la mano del hombre, una parte de ellas se distribuye por un acueducto en todo el jardín, y las restantes se escapan por un paso artificial para convertirse en torrente. Allí por el contrario la naturaleza lo ha hecho todo; el agua cae libremente de una altura de veinte piés, y se sale por todas partes del pilón natural que la recibe, corriendo y saltando de roca en roca hasta que al cabo se pierde bajo los árboles que forman el fondo del cuadro. Los árboles que decoran esta escena parecen mas viejos y mas altos, sus ramas mas frondosas, y por último las montañas oscurecen casi los rayos del sol. El Agujero de las Serpientes es el límite extremo del jardín; mas allá no se conoce nada, pues todavía no ha sido posible penetrar en las selvas que allí comienzan.

¿Es creíble que tan hermoso jardín se halle enteramente desdeñado por los habitantes de San Pedro? ¿Que casi siempre esté desierto? — Algunos escasos paseantes asoman de tiempo en tiempo por sus alamedas, y esto en ciertas épocas, pues hay momentos en el año que no se descubre un paseante por ningún sitio.

Esta indiferencia se explica hasta cierto punto; los criollos están cansados ya, digámoslo así, de las bellezas de la naturaleza; su país presenta tantos lugares pintorescos, tantos paisajes encantadores, que apenas echan una mirada indiferente sobre las cosas que excitan el entusiasmo de los europeos.

El abandono en que está el jardín y por lo comun todos los paseos, debe atribuirse tambien á la ausencia de las señoras; las damas criollas no tienen afición á los paseos, les asusta mucho salir de su interior para entregarse á una excursión de una ó dos horas en las cercanías de la ciudad, y un paseo sin mujeres es un verjel sin flores.

Haciendo abstracción de la parte pintoresca de que acabamos de hablar, existe tambien un verdadero jardín botánico dibujado por los modelos de los jardines de Francia, que contiene un crecido número de producciones, no solo del nuevo mundo sino tambien del antiguo continente. Dejamos á otros mas competentes la tarea de hacer la descripción y el análisis de todas las riquezas que contiene; diremos solo que bajo la entendida dirección de su director M. Bellangé, célebre viajero y naturalista, este jardín botánico se halla en una via de progreso.

H. de H.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Bailes y diversiones del invierno. — Trajes de baile y disfraces á la orden del día. — Paralelo entre la

influencia de las modas femenina y masculina. — Sobre el chaleco blanco. — Las comidas se cambian en cenas. — La bodega de lord Pembroke. — Un granero de caoba. — Los cigarros con rótulos. — Bailes de máscaras en la fonda de los Hermanos Provenzales y en el ministerio de Negocios Extranjeros. — Enumeración de algunos disfraces. — Descripción del figurín de este número.

Como Paris baila y se divierte mucho en este instante, nos van á ocupar hoy los trajes de baile y los uniformes del sexo masculino. Sabido es que el vestir de los hombres tiene pocos efectos y pocos motivos de elegancia. No es como los vestidos de las señoras que se cambian y se renuevan según el capricho. Hay dama que se pone tal vestido, no porque es moda, sino por otra causa mas grave... Ese prendido en que se ha pensado durante tres días, que ha costado tanto encaje y tanta cinta, está destinado á reconquistar un corazón ó bien á tomarle por asalto. Ese vestido eclipsará con su lujo aristocrático el lujo pretencioso de una rival; quizá sin él vuestros ojos no se habrían fijado en la joven que le lleva.

El hombre por el contrario se pone un frac porque es preciso ponerse un frac; y cuando la moda proclama para el invierno un sobretodo «Confortable», un «Raglan» ó un «Menschikoff», el hombre no pasa mas allá y adopta la prenda proclamada. Así sucede con los fracs, con los pantalones y los chalecos que se van repitiendo en todas las estaciones.

El frac negro sigue invariable y triunfa del frac de fantasía. Yo comprendo este último al modo que le llevaban nuestros antepasados: era de terciopelo ó de seda, y estaba cubierto de bordados de oro, de perlas, de cintas y de encaje; al punto daba á conocer la nobleza del que le llevaba. Pero el frac de color de castaña ó azul ó verde ruso está muy lejos de llenar iguales funciones.

Perdonadme, queridos lectores, que maltrate así á la moda elegante; pero habeis de pensar que todos los meses debo hablaros de paletós, de pantalones y de chalecos que seguramente son mas fieles y mas constantes que los que los llevan, pues los paletós, los pantalones y los chalecos no cambian todos los meses como sus amos.

Ando á la pista de todos los chalecos nuevos, pues los chalecos tienen todas mis simpatías cuando son caprichosos y de buen gusto.

El traje negro es de tono este invierno para baile, la corbata blanca que habia parecido cosa de notarios y de médicos, vuelve á ser usada por los hombres distinguidos. A mí me gusta la corbata blanca, porque es muy sencilla y elegante y porque revela mejor que otra ninguna lo que vale el hombre que la lleva.

Si el hombre es vulgar, tiene con ella el aire de criado de casa noble; pero si no lo es y sobre todo si es un buen mozo, la corbata blanca le da un tipo encantador y hasta le embellece.

Los chalecos blancos son muy sencillos y muy lujosos; se hacen de piqué, de cachemira blanco lisos y bordados, de muaré antiguo, de terciopelo ruso y de terciopelo epinglé: el chaleco declara la posición y categoría de su amo. El de piqué es el mas económico. En los de seda hoy jóvenes que llevan botonaduras de perlas finas ó de diamantes.

Además de los bailes hay este año en Paris muchas grandes comidas, por no decir cenas, pues volvemos á la costumbre antigua en este punto. Es de supremo gran tono no sentarse á la mesa antes de las siete, ni levantarse de ella hasta las diez. Así es que los bailes comienzan á media noche.

Madama de D\*\*\*, una señora hermosa y joven ha repartido sus recepciones entre comidas y bailes. Convida á comer á los hombres de talento, y al baile á los buenos mozos. Dice que nada es mas agradable que comer con los primeros y ver hablar á los últimos. Tiene razón, pues una comida es una prueba cruel para todo el que no es hombre de mundo. Es un gran escollo para muchas personas.

Se cita en el mundo aristocrático como el tipo perfecto del hombre agradable en la mesa á lord Pembroke.

La bodega de lord Pembroke es una curiosidad que podría visitarse como una manufactura. Todos los compartimientos de ella son de china esculpida, y el pavimento es de mármol argelino con venas de color de rosa.

Inútil será añadir que en esta bodega existen vinos de los puntos mas famosos. — De la bodega subamos al granero; es un palacio, y hay alfombras y flores por todas partes. Entrad pues conmigo en un granero de caoba cuyas paredes están repartidas en casillas, y vereis en estas casillas cigarros con rótulos y con números como si fueran plantas ó flores. Cada cigarro corresponde á un número y el número á un catálogo. Una boca de un calorífero corresponde á cada casilla, y tiene los cigarros á la temperatura que les conviene. Los hay que exigen catorce grados, como otros no necesitan mas que siete para secarse y estar bien á punto de fumarse.

Se habla de un gran baile de máscaras que debe tener lugar en la fonda de los Hermanos Provenzales, al que ha de concurrir toda la juventud dorada.

El baile de máscaras del ministerio de Negocios Extranjeros está anunciado para el 12 del corriente; el año último fué este baile uno de los mas notables del invierno.

Para el baile de los Hermanos Provenzales el traje debe ser cómico y estrafalario; para el del ministerio ha de ser por el contrario serio é histórico.

Hé aquí algunos de los disfraces que se verán en el primero:

Un traje griego antiguo, imitado de Daumier. — Un increíble del Directorio. — Un pilluelo de ocho años que acaba de recoger sus aguinaldos. — Un payaso, nuevo género. — Un trovador. — Un turco de feria de aldea. — Un buen gendarme de Nadand. — Un árbol enfermo. — Un marinero de agua dulce. — Un Mefistófeles. — Un millonario.

Para las señoras el traje ligero y vaporoso es de todo rigor. Se verán muchas odalisca, elfas, ninfas, hadas, nayades y diosas de la mitología, con indias, gitanas y pescadoras de coral.

Mas tarde hablaré de estos dos bailes que harán ruido en

Paris cada cual en su género. En el baile del conde Waleski algunas altas señoras tienen intención de copiar en sus vestidos los trajes que se ven en algunos cuadros del Louvre. El año último estuvieron á la moda los naipes y los juegos de damas. Tambien se aprecian mucho los trajes nacionales, como de escocesas, sevillanas, finlandesas, válcas, rusas, etc.

Entre tanto que puedo hablar de todo esto, describiré algunos trajes de calle.

El primer personaje representado en el figurín de modas tiene un raglan de color oscuro, verde ruso, abotonado y con solapas. Este raglan cubre una levita ó un frac.

El chaleco que no se distingue, es de cachemira trenzado, una nueva tela. El pantalón es de grandes cuadros y no lleva trabillas. Corbata negra. Los guantes de color de paja dan á este traje cierto valor, pues sin ellos seria de negligé.

El segundo personaje viste con mas coquetería.

La levita puede cerrarse y abrirse á voluntad. Por dentro va forrada de seda. El cuello y las solapas son de terciopelo. No es un paletó, y sin embargo esta levita es mas confortable que las ordinarias. Chaleco de terciopelo azul con botones de oro. Pantalón gris. Corbata color de castaña; guantes color de oro y sombrero Orsay.

Viene luego un niño de siete años con traje de marinerito muy sencillo, y sin embargo muy gracioso. La chaquetilla cierra derecha sobre el delantero, y va adornada con tres hileras de botones. No lleva cuello; las mangas son muy anchas por arriba y casi justas por la bocamanga.

Debajo lleva un chaleco derecho con cuello corto y que puede volverse, aunque siempre ha de tener la facilidad de cerrarse hasta arriba.

Pantalón á la húsar sin trabillas.

Por último, damos un traje de artista para los jóvenes ricos aficionados á las artes. Este traje se compone sencillamente de una especie de blusa Rafael adornada al rededor y en todas las costuras de un galon de seda cosido llano. Sobre el delantero esta blusa cierra derecha y sin cuello. Mangas sin costura hasta el codo y muy anchas por arriba. Se sujeta á la cintura con un cordón de perlas.

No se lleva chaleco. Pantalón gris mezclilla, con la forma de un pantalón de calle, corto y sin trabillas para que el zapato quede á descubierto.

Una corbata estrecha ó mas bien una pequeña cinta se anuda en torno de la garganta por entre un cuello postizo vuelto.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## El proceso de Jesucristo.

(Continuacion).

LIBERTAD INDIVIDUAL. — RESISTENCIA A MANO ARMADA. — Después de haber celebrado la cena, condujo Jesus á sus discípulos hacia el monte de los Olivos; y mientras oraba con fervor, se durmieron sus discípulos, y dijo á Pedro: «¿Es posible que no hayais podido velar conmigo una hora?» Y después les dijo: «Ea, levantaos, vamos de aquí; ya llega aquel que me ha de entregar.» (Mat., XXVI, 46.) Judas venia acompañado, no de una milicia legal, sino de una especie de «ronda», compuesta de los criados del pontífice; y si entre los que allí se hallaban habia algunos soldados romanos, debian contarse mas bien como curiosos que con o fuerza legal requerida por la autoridad; pues el comandante romano Pilatos nada sabia de esto en aquel momento.

Esta prision de Jesus á aquella hora tenia, por consiguiente, todo el carácter de una agresión tan violenta, de un atropello tan escandaloso, que sus discípulos se disponian á rechazar la fuerza con la fuerza. Malco, el mas atrevido de los criados de Caifás, al querer lanzarse sobre Jesus, fué herido en una oreja por Pedro; y la resistencia hubiera podido continuarse por mas tiempo, si el Divino Maestro no se hubiera opuesto á ella inmediatamente. Pero una prueba de que Pedro, al derramar la sangre de Malco, no habia hecho resistencia á un orden legal, á una sentencia legitima, lo cual hubiera convertido la resistencia en un acto de rebelión á mano armada contra un mandamiento de justicia, es que ni fué preso en el acto ni posteriormente en casa del gran sacerdote, á donde siguió á Jesus, y á donde fué reconocido por la criada de Caifás y por un pariente de Malco.

Solo Jesus fué preso, y aunque no opuso resistencia personalmente, antes bien comprimió la que querian hacer sus discípulos, fué sin embargo atado como un malhechor, *et ligaverunt eum*; rigor criminal, puesto que no era necesario para asegurarse de un solo hombre escoltado por una numerosa multitud armada de espadas y palos. *Quasi ad latronem existis cum gladio et fustibus* (S. Luc.)

DE OTRAS ILEGALIDADES EN LA ARRESTACION. — SEQUESTRO DE PERSONAS. — Llevaron á Jesus, y en vez de conducirlo inmediatamente ante el magistrado competente, le trasladaron á casa de Anás, que no tenia otra circunstancia que la de ser suegro del gran sacerdote. De casa de Anás se le condujo á la del pontífice, y siempre atado, se le depositó en el patio, hacia frío, y se encendió fuego; era de noche, y á la claridad de aquel fuego reconocieron las gentes de la casa á Pedro. Aquí tenemos una nueva infracción, puesto que la ley judaica prohibia «proceder de noche.»

En este estado de detención en una casa privada, en medio de un patio y entregado á la servidumbre del pontífice, ¿cómo se trató á Jesus? Dice san Lucas (XXII): «Mientras tanto, los que tenian atado á Jesus se mofaban de él y le golpeaban, y habiéndole vendado los ojos, le daban bofetones y le preguntaban diciendo: Adivina,



¿quién es el que te ha herido? y repetían otros muchos dictérios, blasfemando contra él.»

INTERROGATORIO GAPCOSO. — VIOLENCIAS CONTRA JESUS. — Ya había cantado el gallo. Sin embargo, todavía no había amanecido. «Los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes y los escribas se congregaron, y haciéndole comparecer en su concilio le interrogaron, etc., etc.» (Luc. *ibid.*)

Obsérvese desde luego que si los perseguidores de Jesús no hubieran sido guiados por la violencia y el odio, no solo habrían debido diferir estas diligencias por ser de «noche», sino que debían haberlas suspendido, por ser además la «fiesta de la Pascua», la más solemne de todas, y según su ley, no podía tener lugar, ni un procedimiento en día feriado, so pena de «nulidad.» Veamos ahora quién es el que interroga á Jesús. Es aquel mismo Caifás, que si pretende ser juez, es evidentemente un juez recusable, porque en una reunión anterior se constituyó en «acusador» de Jesús, y aun antes de haberle visto y de haberle oído, lo proclamó «reo de muerte.» Siendo esta la opinión de Caifás, no debe sorprendernos más tarde su parcialidad.

Así es que en vez de interrogar á Jesús sobre «cotos positivos» y circunstanciados y sobre «hechos personales», le interroga sobre «hechos generales», sobre «sus discípulos», (á quienes hubiera sido más natural citar como testigos), y sobre «su doctrina.» *Pontifex ergo interrogavit Jesum de discipulis suis et de doctrina ejus.* (Juan XVIII.) Jesús respondió con dignidad: «Yo he predicado públicamente, delante de todo el mundo: siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo á donde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que han oído lo que yo les he enseñado: pues esos saben cuáles cosas haya dicho yo.» A esta respuesta uno de los ministros asistentes dió una bofetada á Jesús, diciendo: «¿Así respondes tú al pontífice?» (*Ibid.*, v. 20, 21, 22.)

¿Se pudiera decir que esta violencia constituye una falta personal por parte del que hirió al acusado? Nosotros contestaremos que el hecho pasó en la presencia y á vista de todo el consejo; y como el pontífice que le presidía no amonestó ni reprendió al autor de aquella violencia, sobre todo cuando esta tenía por pretexto el vengar su dignidad ultrajada, concluimos que Caifás se hizo cómplice de aquel exceso. ¿Y en qué podía ofenderle la contestación de Jesús? «Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿porqué me hieres?» (*Juan, ibid.*)

No había medio de salir de este dilema. A los acusadores de Jesús, á Caifás el primero les tocaba probar la acusación. Un acusado no tiene obligación de acriminarse á sí propio. Era preciso convencerle con pruebas; él mismo las pedía; veamos qué testigos fueron presentados contra él.

TESTIGOS. — NUEVO INTERROGATORIO. — JUEZ COLÉTRICO. — «Mientras tanto, dice san Marcos (XIV, v. 53 al 59), los príncipes de los sacerdotes, con todo el concilio, andaban buscando contra Jesús algún testimonio para condenarle á muerte, y no le hallaban. Porque dado que muchos atestiguaban falsamente contra él, los tales testigos no estaban acordes, ni eran suficientes para condenarle á muerte.»

Comparecieron, en fin, algunos, que alegaban contra él este falso testimonio. Nosotros le hemos oído decir: «Yo destruiré este templo hecho de mano de los hombres, y en tres días fabricaré otro sin obra de mano alguna.» Pero tampoco en este testimonio estaban acordes. «Entonces el gran sacerdote (no olvidemos que era también el acusador), levantándose en medio de la asamblea, se dirigió á Jesús y le dijo: «¿No respondes nada á lo que estos declaran contra tí?» Pero Jesús guardaba silencio y no contestó.» (*Marc. XIV.*)

En efecto, puesto que no se trataba del templo material y visible de los judíos, sino de un templo ideal que no había de ser obra de los hombres, y que existía únicamente en el pensamiento de Jesús, la explicación al cargo se encontraba en la misma declaración. El sumo sacerdote continúa diciéndole: «Yo te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo ó Mesías hijo de Dios.» Yo te conjuro, jes deir, jura delante de mí! ¡grave infracción á aquella regla moral y de jurisprudencia que prohíbe colocar al acusado entre el peligro del perjurio y el temor de acriminarse á sí mismo y empeorar su posición! A pesar de todo, insiste Caifás, y Jesús le responde: «*Tu dixisti: Ego sum.*» (*Marc.*) A tal respuesta, el pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo: «Blasfemado há: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia; ¿qué os parece? y ellos respondieron diciendo: *Reus est mortis*, reo es de muerte.» (*Matteo, XVI.*)

Y preguntamos ahora: ¿hay algo en lo que llevamos referido, que demuestre ese respeto del juez hebreo hacia el acusado, cuando hemos visto que Caifás permite que se le hiera impunemente en presencia suya? ¿Y quién es ese Caifás, acusador y juez al mismo tiempo? Un hombre apasionado, violento, original exactísimo del odioso retrato que nos ha dejado el historiador Josefo. Un juez que se irrita, que se encoleriza hasta el extremo de rasgar sus vestiduras; que impone al acusado un juramento terrible, y que acrimina sus respuestas. Un juez que no quiere testigos, aunque la ley los exige; que no quiere instruir una sumaria, porque la considera inútil, y que trata de suplir á ella con interrogatorios capciosos y de mala fe. Un juez que, contra lo que prescribía la ley de los hebreos, quiere que Jesús sea condenado por su sola declaración, tal cual el

mismo Caifás la ha interpretado, y que en medio del mas violento acceso de cólera, él, acusador, él, sumo sacerdote, que habla en nombre del Dios vivo, opina el primero por la muerte y arrastra tras del suyo todos los demás votos.

OTRAS VIOLENCIAS. — Inmediatamente despues de esta sentencia sacerdotal lanzada contra Jesús, volvieron á empezar con mas fuerza las violencias y los insultos, de suerte que parecía que el furor de los jueces se había comunicado al auditorio. «Luego (dice san Mateo, XXVI,) empezaron á escupirle en la cara y á maltratarle á puñadas, y otros, despues de haberle vendado los ojos, le daban bofetadas, diciendo: «Cristo, profetizanos, adivina: ¿quién es el que te ha herido?»

Estos insultos groseros, estas violencias inhumanas, aun cuando se quisieran achacar á los criados del pontífice y á su séquito, no disculparían á los que, atribuyéndose la autoridad de jueces de Jesús, debían protegerlo con toda la eficacia de la ley; y aun así sería culpable Caifás como dueño de la casa en donde pasaban aquellos escándalos, siquiera no lo fuese como sumo sacerdote y como presidente del consejo, por haber tolerado unos excesos que tan bien se avenían con la cólera y el odio que había mostrado en el tribunal.

Este encarnizamiento, que sería indisculpable contra un hombre definitivamente condenado á muerte y entregado al verdugo, era tanto mas criminal tratándose de Jesús, sobre quien legal y jurídicamente hablando, no había recaído todavía una verdadera sentencia, con arreglo al derecho público que regia en aquel país, como lo veremos mas adelante.

### III.

POSICION QUE TENIAN LOS JUDIOS RESPECTO Á LOS ROMANOS. — No debe olvidarse que la Judea era un país conquistado. Despues de la muerte de Herodes, llamado injustamente el Grande, había confirmado Augusto el testamento por el cual aquel rey de los judíos repartió sus estados entre sus dos hijos, aunque Augusto no les conservó el título de rey que había llevado su padre. Archelao, á quien había tocado la Judea, fué destituido por sus crueldades, y el territorio confiado á su dirección se reunió á la provincia de Siria. Augusto instituyó despues administradores particulares en la Judea; y lo mismo hizo Tiberio en la época de que hablamos, siendo precisamente uno de estos administradores.

Algunos han considerado á Pilatos como gobernador, y le han llamado *Praeses*; en lo que han errado ó desconocido por lo menos la significación de esta palabra. Pilatos era uno de los funcionarios que llamaban *procuratores Caesaris*, y en tal concepto estaba subordinado á la autoridad superior del gobernador de Siria, verdadero *Praeses* de aquella provincia, de la cual era una dependencia la Judea. Al gobernador correspondía, en virtud de su autoridad, el derecho de conocer en las acusaciones capitales. El *procurator*, por el contrario, no tenía otras atribuciones principales que la recaudación de impuestos y el derecho de juzgar en las causas fiscales. También correspondía alguna vez el derecho de conocer en las causas fiscales á los *procuratores Caesaris*, que solían enviarse á las provincias pequeñas en vez de gobernador, según resulta claramente de las leyes romanas. Esta última era la posición oficial de Pilatos en Jerusalem.

Colocados los judíos en esta situación política, aun cuando se les había dejado en el uso de sus leyes civiles, el ejercicio público de su religion y otras muchas cosas que solo correspondían á la policía ó al régimen municipal, no tenían, sin embargo, el «derecho de vida y muerte», atributo principal de la soberanía, que los romanos cuidaban mucho de reservarse para sí, con preferencia á cualquier otro privilegio. *Apud romanos, jus valet gladii; coetera transmittuntur.* (*Tacit.*)

¿Cuál era, pues, el derecho de las autoridades hebreas sobre Jesús? Seguramente los príncipes de los sacerdotes, los escribas y sus amigos los fariseos, en corporación ó individualmente, pudieron alarmarse con la predicación de Jesús y con el buen éxito que alcanzaba; pudieron concebir temores por su culto, é interrogarle sobre sus creencias y doctrinas, formar una especie de sumaria acerca de estos puntos, y aun declarar «de hecho» que aquellas doctrinas, que amenazaban derribar las suyas, eran contrarias á la ley judaica, tal como ellos la entendían.

Pero esta ley, aun sin haber experimentado alteración en el órden religioso, no tenía fuerza alguna coercitiva en el órden externo. En vano hubieran ellos dictado la pena de muerte para el caso en que quería colocarse á Jesús; el consejo de los judíos no tenía facultades para pronunciar una sentencia de muerte; las tenía cuando mas para acusarle ante el gobernador ó su delegado, y entregar al presunto reo á aquella autoridad á fin de que fuese juzgado. Pilatos, como representante de César en Judea, no era únicamente un agente del poder ejecutivo (lo cual habría dejado el poder judicial y el poder legislativo en manos de los vencidos); no era un funcionario destinado á dar el *equeatur* ó el «visto bueno» á las sentencias dictadas por otra autoridad, por una autoridad «judía» y no romana. Cuando se trataba de una acusación capital, la autoridad romana tenía, no solo el derecho de «ejecución», sino también el de conocer del delito, *cognitio*, esto es, el derecho de conocer *a priori* de la acusación, y el de «juzgarla soberanamente.» De todos modos, es cosa incuestionable que los judíos habían perdido el derecho de condenar á muerte, no solo en lo tocante á la «ejecución», sino

también en lo que se refiere á la «pronunciación» de la sentencia.

Los judíos no lo ignoraban, pues al presentarse delante de Pilatos para solicitar la condenación de Jesús, proclamaban ellos mismos «que no les era permitido hacer morir á nadie.» *Nobis non licet interficere quemquam* (*Juan, XVIII.*)

Sigamos ahora á Jesús á casa de Pilatos; y aquí reclamamos muy particularmente la atención de nuestros lectores, porque las irregularidades y las violencias que hemos hecho notar hasta ahora, no son nada en comparación de las que vamos á presenciar, puestas en juego ante el «magistrado romano», para arrancarle contra su propia convicción una sentencia de muerte. Dice san Marcos (XV, v. 4): «Y luego que amaneció, habiéndose juntado para deliberar los sumos sacerdotes con los ancianos y los escribas y todo el consejo ó Sanedrín, afaron á Jesús y le condujeron y le entregaron á Pilatos.» Nótese bien que dice: «Y luego que amaneció», porque como hemos observado antes, todo lo que se había hecho hasta aquel momento con Jesús había sido de noche, «condujeron», pues, á Jesús de casa de Caifás al pretorio de Pilatos.»

«Era muy de mañana y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, á fin de poder comer de las víctimas de la Pascua.» (*San Juan, XVIII, v. 28.*) ¡Escrúpulo singular y muy propio de los fariseos! ¡Temían contaminarse el día de la Pascua entrando en la casa de un pagano, y aquel mismo día, pocas horas antes de presentarse en casa de Pilatos, con desprecio de su ley, habían cometido la enorme infracción de reunirse en consejo y deliberar acerca de una acusación capital! Continúa el mismo evangelista diciendo: «Por eso Pilatos salió á fuera y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra ese hombre?» Obsérvese bien estas palabras, y que no les dice: «¿Dónde está la sentencia que habeis pronunciado?» como hubiera dicho si no tuviese mas que dar un simple *equeatur*, sino que toma las cosas desde su origen, como corresponde al que posee la plenitud de la jurisdicción. Los judíos respondieron con su acostumbrado orgullo: «Si este no fuera un malhechor, no le habiéramos puesto en tus manos.» Replicóles Pilatos: «Pues tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley.» Esto era para ellos una verdadera mistificación, puesto que bien sabían que no podían ellos condenar á muerte. Forzoso lo fué, por consiguiente, el someterse y presentar ante Pilatos los motivos de la acusación.

¿Cuáles eran estos? ¿Sin duda los mismos que hasta entonces se habían alegado contra Jesús: la acusación de blasfemia hecha por Caifás ante el consejo de los judíos? Nada de eso: desconfiando alcanzar del juez romano una sentencia de muerte por una querrela religiosa que no interesaba á los romanos, cambian súbitamente de sistema y abandonan la primera acusación sustituyéndola con una acusación «política, un crimen de estado.»

Aquí está el «nudo» de la pasión y lo que mas altamente acusa á los delatores de Jesús, que agitados con la idea de perderle de cualquier manera que fuese, dejan ya de presentarse como vengadores de «su religion» ultrajada, y de su culto amenazado, según ellos, y afectando sentimientos extraños á su nacionalidad, le presentan los hipócritas ocupado en querer restablecer el reino de Jerusalem, en hacerse «rey de los judíos» y en sublevar al pueblo contra los conquistadores.

Dice san Lucas (XXIII, v. 2): «Y comenzaron á acusarle diciendo: A este le hemos hallado pervirtiendo á nuestra nación, y vedando pagar los tributos á César, y diciendo que él es el Cristo ó el ungido rey de Israel.»

¡Qué infame calumnia! ¡Jesús impedía que se pagase el tributo á César! cuando había respondido á los mismos fariseos en presencia de todo el pueblo, y enseñándoles la efigie de César sobre una moneda romana: «Dad á César lo que es de César.» Pero esta acusación era un medio de interesar la competencia de Pilatos, que como *procurator Caesaris*, tenía particularmente á su cargo el recaudar los tributos.

La segunda parte se dirigía mas directamente á la soberanía de los romanos, «diciendo que él es el Rey de Israel.» La acusación tomaba así un carácter enteramente político, que llamó la atención de Pilatos. «Oído esto, entró (Pilatos) de nuevo en el pretorio, y llamó á Jesús, y le preguntó: ¿Eres tú el rey de los judíos?»

Esta pregunta, tan diferente de las que le habían sido hechas en casa del sumo sacerdote, pareció excitar el asombro de Jesús, que respondió: «¿Dices tú eso de tí mismo, ó te lo han dicho de mí otros?» (*San Juan, XVIII.*) En efecto, Jesús deseaba saber quiénes eran los autores de esta nueva acusación, si eran romanos ó judíos. Pilatos respondió: «¿Qué, acaso soy yo judío? Tu nación y los pontífices te han entregado á mí: ¿qué has hecho?»

Todas las palabras de este procedimiento son sumamente preciosas: no nos cansaremos de repetirlo. En ninguna de ellas se trata de una condenación precedente, de un juicio anterior ni de una sentencia dada ya, y que solo se trata de hacer ejecutar: es una acusación capital; pero acusación que comienza y que se halla en el interrogatorio del acusado, cuando Pilatos pregunta: «¿Qué has hecho tú?»

Viendo Jesús por la explicación que acaba de oír, cuál es el origen de la prevención, conociendo el pensamiento secreto que dominaba en el fondo de la acusación, y cómo querían sus enemigos llegar al mismo fin por un camino diferente, respondió á Pilatos: «Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrían defendido para que no cayese en manos de los judíos; mas mi reino no es de acá.»



(San Juan, *ibid.*) Esta respuesta de Jesús es muy notable: ella es el fundamento de la religión católica y la prueba de su universalidad: no era únicamente una aserción ó una doctrina: era una justificación contra el cargo de que quería hacerse rey de los judíos. En efecto, si Jesús hubiera hecho alarde de una majestad temporal, si por su parte hubiera habido la menor intención de usurpar en algo el poder del César, hubiera sido culpable á los ojos del magistrado del delito de lesa majestad. Pero al contestar por dos veces «mi reino no es de este mundo, mi reino no es de acá,» su justificación era completa.

Pilatos insiste, sin embargo, y le dice: «¿Con que tú eres rey?» Jesús respondió: «Así es como dices: yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz.» (San Juan, XVIII, v. 37.)

(Se concluirá.)

#### LOS ULTIMOS EXPLORADORES del Africa central.

RAFFENEL, JAMES RICHARDSON, BARTH, OVERWEG, PANET, VOGEL, BAYKIE, etc.

Los ecos postreros que habia tenido la atrevida empresa de René Caillé, se habian ido debilitando poco á poco hasta extinguirse. Era el año de 1845. El Africa central, objeto de tantos y tan nobles sacrificios, de tantos trabajos y penalidades tan inauditas, parecia estar olvidada completamente. Se habria podido creer que la Europa cansada habia acabado por abandonar ese campo tan vasto abierto á su espíritu de indagación. Pero no era así; los trabajadores incansables de la civilización se recogian para arrostrar luchas mas temibles, que esta vez debian producir grandes y considerables resultados.

Un francés M. Raffenel inaugura el campo de las nuevas exploraciones, pero las dificultades son superiores á su rara energía, y su tentativa de un viaje á San Luis de Tomboktu se queda sin efecto.

Por otra parte la Inglaterra, esa Inglaterra que prosigue con tanta obstinación á través de los tiempos los proyectos mas vastos, solo aguardaba una ocasión para continuar la ejecución de aquellos que habia formado hace apenas veinte años, tocante al Africa central.

Esta ocasión no tardó en presentarse.

Una circunstancia fútil en apariencia fué el punto de partida de los atrevidos viajeros cuya historia vamos á tratar sucintamente.

A 450 kilómetros de Trípoli en direchura al Sudoeste, se encuentra Gnamamés, la antigua Cidamus de los romanos, uno de los corazones de Sahara, una de las puertas de las regiones interiores.

M. Subtil, un ingeniero civil francés que habia unido su destino al del infortunado y último sultán del Fezzane, visitó el oasis de Ghadamés, y escribió su descripción que se publicó en un número de la *Revista de Oriente*.

Esta descripción llegó á ser leída por M. James Richardson, inglés que se hallaba entonces en Argel, y resolvió visitar igualmente la ciudad poblada de morabitos y de hombres santos, no á la manera de los hijos de Albion poseídos de la Biblia, sino impregnados del Korán y muy apegados á los intereses comerciales. Habia pues motivos para la simpatía, y veremos cómo efectivamente M. Richardson obtuvo una recepción muy simpática en Gnamamés. Dios los cria y ellos se juntan, como dice el proverbio.

No era la ciencia el único ahciente que llevaba á M. Richardson al Sahara, los ingleses no son tan desinteresados, sino el comercio, y anhela saber cómo se encontraba aquella famosa medida de la abolición del tráfico, que la Inglaterra mira con demasiada solicitud para que podamos creer que obra sinceramente.

Por otra parte, también deseaba contemplar de



[Los Tuaregs.

cerca los famosos Tuaregs entrevistados mas bien que estudiados por sus compatriotas Lyon, Denham y Clapperton. Sobre esto tenia mucha razón; ese pueblo singular merece ser visitado atentamente. De todo cuanto yo he

tonces se hallaba en poder de las naciones negras, pues en aquellos tiempos de la humanidad el Africa era un todo tan completo bajo el punto de vista de las formas como tocante al de las razas que la habitaban.

Los invasores subiendo de las riberas á los altos valles, y de las llanuras á las mesetas mas elevadas, rechazando ante sí todo cuanto huía, y destruyendo cuanto les oponía alguna resistencia, se conquistaron muy luego un vasto campo en medio de los países devastados.

Pero sea que los berberiscos fueron impelidos por otros, sea que andando el tiempo sus tribus se multiplicasen, lo cierto es que concluyeron por no hallarse á gusto en el territorio del Atlas; los Sanhadja, que formaban uno de sus ramales mas importantes, emigraron á las grandes soledades saharianas y se adelantaron hasta las márgenes del Níger y del Senegal.

Por al dejar los frescos valles del Tell, las sombras de las selvas y de los montes, al colocarse en un centro muy diferente del que abandonaban, tuvieron que modificar su modo de vivir y hasta su traje.

Pasando de una atmósfera pura y ligera á esas laderas sin límites donde la tierra quemada por los rayos solares despide hacia los cielos sus ardores, donde los vientos ruedan de un horizonte á otro levantando un polvo impalpable que queda suspenso en el aire, adoptaron entre otras cosas la costumbre de llevar delante del rostro una especie de velo que apenas les dejaba libres los ojos; este velo hecho con un pedazo de tela azul prendido detrás de la cabeza, es lo que llaman el *bitsam*.

Montados en camellos rápidos que les permitían salvar en pocas horas distancias enormes, envueltos en vestidos que les estrechaban el cuerpo y facilitaban sus movimientos, en breve bajo el nombre de los *Moletsnumes* (los velados) llegaron á ser el espanto de todos los pueblos que los rodeaban, y que á causa de la distancia se habian creído siempre al abrigo de sus golpes inevitables.

Estos hombres se hallaban divididos en siete fracciones entre las cuales figuraban los Tuaregs que concluyeron por ver la decadencia de las otras seis, cuando ellos crecieron cada día en importancia conquistaron al cabo un poder y una influencia considerable.

Para la Francia su importancia es muy positiva, pues los Tuaregs ocupan todo el inmenso espacio que separa la Argelia del Africa central, y por sus manos debe necesariamente pasar todo el comercio que la Francia está llamada á hacer con esa región vasta y populosa.

A. M. C.



Richardson.